

BRIAN AHERNE
VICTOR McLAGLEN
JUNE LANG
en

Capitan FURIA

(emocionante
epopeya de
la colonización
de Australia.)



EDITORIAL GRAFIDEX S.L.



CAPITÁN FURIA

PROPAGANDA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

EDITORIAL GRAFIDEA, S. L.

Calle Bailén, 154

BARCELONA

Teléfono 25697

EDICIONES EXTRAORDINARIAS

SERIE ESPLENDOR

PUBLICACIONES CINEMA

PRESENTA

CAPITÁN FURIA

DIRIGIDA POR

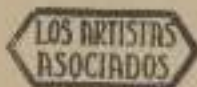
HAL ROACH



UNA SUPERPRODUCCIÓN

UNITED
ARTISTS

DISTRIBUIDA POR



PRINCIPALES INTÉRPRETES:

BRIAN AHERNE	<i>Capitán Furia</i>
VICTOR MC. LAGLEN	<i>Blackie</i>
PAUL LUCAS	<i>Francisco Dupré</i>
JUNE LANG	<i>Jeannette Dupré</i>
George Zucco	<i>Arnold Trist</i>
Douglas Dumbrille	<i>Preston</i>
Virginia Field	<i>Mabel</i>
Charles Middleton	<i>Mergon</i>
Lawrence Grossmith	<i>Gobernador</i>

y otros celebrados artistas.

Una interesante novela de amor a través de la emocionante epopeya de la colonización de Australia.

...y así, Australia realizó parte de su reciente historia.



CAPITÁN FURIA

ARGUMENTO DE LA PELICULA

El rey del valle Malopi

Los primeros colonizadores de un país no sólo han de sostener dura batalla contra la aspereza de parajes indómitos, regándolos con su sangre y el sudor de su frente, tal como prescribe la ley divina, pero, asimismo, han de hacer frente a aquellos que, más poderosos por su influencia o por su riqueza, ambicionan labrar una inmensa fortuna aún a costa de sacrificar el interés del prójimo e, incluso, su valor de ser humano. Su egoísmo y su frialdad, como pasiones que son, les ciegan y borran de su corazón el instinto de hermandad y de amor al prójimo.

Los primeros pobladores de una nación son heterogéneos. Sus avanzadillas están formadas por aventureros, desheredados y criminales que buscan en regiones apartadas su lucro, bien para regenerarse, bien para continuar con sus desmanes. Pero cuando los obstáculos y la canción de la tierra se ha hecho carne de su carne, surge un pueblo nuevo con la pureza y el vigor de un organismo recién nacido.

Mas antes de llegar a este punto, hay un interregno de violencias y exacciones. La Divina Providencia crea entonces a un hombre apto y

fuerte que se pone a la cabeza de los fundadores y, sin reparar en sacrificios ni temer los peligros, logra crear los hogares, en cuyas estancias resonarán siempre las alabanzas que acompañan a su memoria.

Esta es la historia de uno de estos héroes, que, castigado con el destierro y la prisión por haber combatido por la independencia de su país, llegó como paria a Australia y, gracias a su valentía y audacia, sembró la semilla de equidad sin la cual toda empresa es estéril, viendo celebrado y bendito su nombre.

...

El cañonazo con que saludó el barco recién llegado de la metrópoli resonó sordamente en los muelles y su estampido penetró por las ventanas, abiertas a la cálida mañana, de la residencia del Gobernador. Este levantó la cabeza y se detuvo en su tarea de dictar a su amanuense, mientras el retumbar de la detonación se perdía en la lejanía. Meditaba el efecto que el saludo haría a los habitantes de Sidney. Sin duda se dirigirían a los muelles, dispuestos a patentizar su protesta. Y Dios sabía cuánta razón tenían. No comprendía la política de Londres,

Era desorientadora. Bien estaba que castigara a los malhechores que pululaban en su seno, pero era inaudito e insultante que los australianos soportaran también el castigo en pro de la comodidad de los británicos.

Tomó una rápida determinación. Hizo una seña al escribano, indicándole que abandonara de momento la redacción de la epístola interrumpida por el cañonazo, y dictó:

—Otro barco prisión ha llegado de Inglaterra con más de trescientos reclusos —puntualizó, mirando una nota que tenía sobre el escritorio. —Como Gobernador de esta colonia, protesto contra la ley que condena al pueblo libre de mi patria a soportar la compañía de criminales...

Sin duda la digna ira del Gobernador hubiera crecido, si hubiera sabido que entre los trescientos forzados, se contaba uno que perturbaría la ecuanimidad, soliviantada, del país, más que todos los mortales reunidos. Con la corriente maniobra de anclar en el puerto el barco mencionado, empezaba una nueva era para los habitantes de la gran isla.

Los presos bajaron por la pasarela a tierra firme, marcando el compás con los pies ligados por gruesas cadenas, que unían los grilletes individuales. Sus caras macilentas y cubiertas de una barba de varios meses, sus trajes de amarillento color y los sombreros de paja estropeada, que cubrían las cabezas de algunos, a pesar de ser un espectáculo bastante conocido de la muchedumbre que presenciaba el desembarco, dieron pábulo a la indignación popular. A los primeros gritos siguió una verdadera tempestad de insultos y de alibidos que los encadenados

escucharon, ya con temor, ya con indiferencia.

Las fatigadas pupilas de los recién llegados recorrieron con curiosidad las apretadas filas de rostros hostiles. Y continuaron pasando entre las dos hileras en que se habían dividido los ciudadanos de Sidney. Un muchacho de mirada valiente y ancho de hombros dió un codazo a su compañero de cadena, que temblaba como un azogado, y comentó:

—Una gran acogida, ¿verdad?

—Pues, qué es lo que esperabas, ¿flores?

El primero que había hablado se volvió a mirar hacia atrás. Hubiera dado mucho por saber lo que pensaban del recibimiento Miguel Furia y el Catarroso. Ambos, al parecer, estaban imperturbables. Hasta él llegó la tos del Catarroso. ¡Pobre muchacho! No duraría mucho.

—Guardianes y presos, ¡alto! —gritó el oficial que mandaba la expedición.

Los presos detuvieron simultáneamente su andar. El Catarroso secó el sudor frío que humedecía sus sienes y con voz apagada habló a un hombre alto, que estaba a su lado:

—Lo conseguí, Miguel. He podido llegar a tierra firme con vida.

El llamado Miguel, cuya cabeza sobresalía sobre las demás, posó una fuerte y delgada mano en la espalda del tísico:

—¡Claro, Catarroso! Ya te dije que llegarías —aspiró con deleite el aire. —Y en esta tierra soleada llegarás a hacerte un abuelo.

—No, Miguel —protestó con tristeza el enfermo. —Me lo dijo el doctor. Sólo duraré unos meses.

—¡Bah, no hagas caso de tonterías!

El Catarroso tuvo un nuevo ac-

ceso de los, que le dejó sin fuerzas:

— Pero voy a disfrutar en estos meses — aseguró, como respondiendo a la protesta de su ser — más que he disfrutado en toda mi vida. Es curioso; cuando el destino te ha asignado una vida corta, abre tus ojos hacia bellezas que de otro modo no hubieras conocido.

Guardianes y presos, de frente, ¡marchen! — ordenó el oficial, cortando el consuelo que Miguel se disponía a prodigar.

Presos y soldados obedecieron y se internaron en las calles de Sidney hasta llegar a la meta de su viaje, o sea, al cuartel en donde serían entregados a los terratenientes, que habían pedido sus personas para las diversas faenas de sus fincas, en donde permanecerían hasta cumplir totalmente su condena.

Antes de pasar adelante, creamos oportuno, para mayor conocimiento del lector, de los sucesos subsiguientes, presentarle a algunos de los personajes aparecidos. Miguel Furia y el Catarroso, cuyo verdadero nombre era Roger Bradford, pertenecían a los rebeldes irlandeses que habían fracasado, hacía poco tiempo, en su intentona de obtener la independencia de su patria. Miguel Furia tendría unos treinta años, pero a pesar de su edad relativamente corta, había sido uno de los enemigos más temidos de Inglaterra. Valeroso hasta la temeridad, aunque en caso necesario sabía ser tan astuto como un zorro, alto y esbelto, de gran fuerza física y moral, había nacido para capitanear hombres y sólo la traición le había vencido temporalmente. El Catarroso, emplearemos este nombre, pues que con él es conocido en nuestra historia, ferviente patriota, había puesto al

servicio de su causa, a la vez que un cuerpo minado por la tisis, su alma ingenua, poética y enérgica a la par, que desconocía el miedo, quizás por pertenecer menos a esta tierra que a una región más sublime. El Catarroso y Miguel estaban unidos por una amistad, rayana al cariño fraternal, que únicamente la muerte era capaz de trancar.

Mientras entraban en el patio de armas, Jeannette Dupré había llegado a la ciudad, con su padre, para hacer las compras necesarias para su hogar. La visita a la capital era un verdadero acontecimiento en la vida de la joven. La circunstancia de ser hija de uno de los más significados puritanos de la región, aumentaba el aliento de la muchacha, ya que pocas ocasiones se le presentaban de entrar en contacto con el mundo civilizado por el que su alma, ávida de los goces saboreados por sus compañeras de sexo, soñaba en su hogar de valle Malopí.

Pero su permanencia en la urbe fué corta y trajo el desencanto a su espíritu. La rígida y austera voluntad de su padre, como hasta entonces siempre obrara, fué cortando su alegría, su ansia de conocer la indumentaria de última moda, e, incluso, cuando el tendero, agradecido del gran pedido hecho por Dupré, quiso regularia una hermosa azucarera, vió contenido el placer de aceptarla. Regresó, pues, al valle Malopí melancólica, pero sin saber que el destino había trazado una nueva ruta para su existencia.

...

Arnold Trist penetró en la gran sala del cuartel, aspirando con delicadeza el perfume de un pafue-

lo. Se reunió con un grupo de oficiales y terratenientes y, tras de contestar sus saludos, contempló a los presos con una sonrisa cruel. Prestó atención al empezar la concesión de presos, calculando, a medida que los nombraban, el partido que podía sacar de ellos.

Llególe el turno al Catarroso. La idea de que podía ser separado de Miguel despertó la tos. Los terratenientes miraron a Trist que, con una mueca de repugnancia, observaba a la pitrafa humana.

—Me parece, señor Trist, que de ese no va a sacar mucho provecho.

—Tened en cuenta que tampoco voy a darle mucho de comer — replicó Trist con sardónico humor. Por lo menos se podía hablar tranquilamente con sus iguales, sin tener que simular que concedía a sus presos un trato muy humano, como aconsejaba el Gobierno.

Menos mal que el llamado Sidney Tolman, un tal John Conolly, Benjamin Black y Samuel Penny eran jóvenes y fuertes, lo que le compensaba en cierta manera. Un hombre ha de comer poco, trabajar mucho y recibir el castigo indispensable cuando su amo lo estime oportuno.

—Número cuarenta y uno. Miguel Furia. Levante la mano derecha—. Hizolo Furia. —Queda colocado bajo custodia del honorable Arnold Trist.

Catarroso suspiró tranquilizado. Trist divisó la rubia y hermosa cabeza de Miguel en el fondo de la sala. ¿Miguel Furia? ¿Dónde había oído aquel nombre? Sin saber por qué, pero sin creer engañarse, lo relacionaba con algo muy importante, que oía a peligro. Pero, ¡bah!... Lo que no amansa un látigo... Se encogió de hombros y el ominoso presentimiento se disipó.

El señor Trist estaba muy alto para inquietarse.

Trist permaneció en Sidney hasta el atardecer. Los presos debían haber llegado a sus posesiones. Y como le molestaba encontrar obstáculos en su camino, no subió en su carretela hasta que supuso que no había forzados en las sendas del valle.

Valle Malopi, como su nombre indicaba, tal vez algo inexactamente, era un valle o una gran extensión de terreno comprendido entre dos grupos de montañas, formando un paraje ondulado por continuas e innumerables colinas, muy fértil, regado por numerosas corrientes de agua, idóneo para el pastoreo así como para la agricultura. La posesión de Trist estaba cercana a la gran carretera que penetraba hacia el desierto, y un rosario de casas de colonos se eslabonaban a lo largo del camino entre la morada de Trist y Sidney. Otras estaban esparcidas acá y acullá, sin orden ni concierto, sin más pauta, para su establecimiento, que la de buscar un manantial o un arroyo en las cercanías.

Al detenerse el vehículo de Trist frente a la escalinata de su mansión principesca, Preston, su capataz y brazo derecho, lanzó una ojeada a los jadeantes potros y abrió la portezuela.

—Ha sido un viaje rápido, señor. No le esperábamos aún.

—Dos horas menos que la última vez — comentó Trist muy satisfecho —, con suerte, aún hubiésemos ido más rápidos.

Inspeccionó con penetrante mirada las construcciones contenidas por el enorme cercado de madera que circula la finca. Luego echó a andar hacia los cobertizos de los presos, siendo seguido servilmente por Preston. Los recién llegados

estaban agrupados, en un extremo del recinto, formando cuadro.

—¿Qué ha habido durante mi ausencia?

—Varios hombres se negaron a trabajar. Dijeron estar enfermos.

—Los habrá curado—dijo, más que preguntó, Trist.

—Sí, señor... —le tranquilizó Preston. —Una semana en la celda a pan y agua.

—Y muy poco pan —sugirió Trist, pensando en el filantrópico Gobernador.

—Sí, señor, sí—. Preston se paró cuando ya llegaban a los forzados.

—Señor... uno de los hombres golpeó a un guarda. Le hice dar doce latigazos.

Trist clavó sus ojos en Preston hasta que éste bajó la vista. Había cometido un error. El terrateniente golpeó impaciente el suelo con el pie.

—¿Sólo doce? Se está usted ablandando, Preston.

—Lo siento, señor—afirmó, jurándose que jamás volvería a ser reprochado de delicadeza.

Preston hubiera querido detener a su señor para que no formulara la pregunta que surgió en presencia de los presos. La osadía de Trist llegaba a asustarle a él mismo, y eso que no era cosa muy fácil. Sin embargo, su amo simuló no reparar en sus intenciones. Su carácter teatral necesitaba espectadores para cantar su triunfo; oír que de que era indispensable que los forzados conocieran su fuerza.

—¿Qué ha pasado con los colonos del valle?

—Hemos usado todos los medios dentro de la ley para echarlos, señor, pero no quieren irse.

Las aletas de la nariz de Trist se agitaron y un relámpago de vengancia iluminó sus pupilas. Estrujó entre sus dedos la flor que olla-

queaba y gritó, de modo que sus palabras llegaran a oídos de todos:

—¿Qué quiere decir eso de dentro de la ley? Aquí yo soy la ley. Toda esa tierra es mía. Ya lo creo que es mía; y esa gente no puede oponerse a mí ni a mis planes. Soy un imperio dentro de otro imperio. De punta a punta. Soy Arnold Trist... Y no precisamente un cualquiera.

—Sí, señor—aprobó amedrentado Preston.

La asustada aseveración de su subordinado era una promesa. Podía estar tranquilo: Preston no era de los que se hacía repetir las cosas dos veces. Se irguió y avanzó hacia el centro del cuadrilátero formado por sus «atribuidos»; con voz seca y penetrante, anunció, como si hablara a unos soldados a punto de entrar en combate.

—Estamos muy lejos de Inglaterra. Y cuesta mucho volver... Pasando esas colinas es aún más difícil. No permitiré que nadie piense en escapar, caballeros. Cada colono, desde aquí hasta Sidney, tiene preparado un rifle para cazar presos huidos... y yo les pago cien libras por cada uno que me devuelven vivo... o muerto. Aquí han venido a trabajar y eso harán. Estamos en la espalda del mundo. Aquí no se conoce más ley que nuestra ley.

Terminó de decir estas palabras con la majestad de un monarca y estudió el efecto que causaban en los presos. Los rostros, embrutecidos por la fatiga y el hambre, no fueron muy explícitos y Trist tuvo que darse por satisfecho con la idea de que, si no le admiraban a partir de entonces, por lo menos le obedecerían. Y, ¿quién sabe cuánto temor entra la admiración y cuánto admiración en el temor?

Trist, a veces, era un humorista que gustaba de las paradojas.

Después, cuando el silencio se hizo penetrante, se volvió hacia Preston, pegado como su sombra a sus calcasos, y levantó una mano:

—Bien, Preston, quitéles las cadenas.

Preston ordenó que fuesen conducidos a la fragua y poco más tarde los grilletes eran quitados de los tobillos de los desgraciados, a martillazos, en muchas ocasiones no demasiado certeros. No obstante el magullamiento que a muchos les dejaba esta operación, una rara sensación de libertad y de optimismo iluminaba sus sombrías almas.

Acabada esta tarea, Preston les hizo alinear y los llevó hacia el cobertizo que en adelante sería su hogar. Cuatro paredes de madera mal desbastada, cubiertas por un techo de palma, repletas ya de presos e iluminadas débilmente por una lámpara de grasa.

—En el rincón encontraréis escudillas y cucharas. Podéis cogerlas. Id a la ventana y os llenarán la escudilla de comida. Eso es todo — concluyó Preston, abandonando el pestilente chamizo.

En efecto, ¿era eso todo?... Pero la comida estaba caliente...

Músculos y cerebro

Los despeados reciosos comieron la sopa en medio de un silencio que denotaba su hambre, y, parejamente, la hostilidad con que los antiguos y restantes ocupantes de la construcción apreciaban su llegada. Pero la enemiga de sus futuros colegas les dejaba indiferentes. Apoyados unos en la pared, otros situados sobre la paja,

que les había de servir de lecho, daban trabajo a sus mandíbulas.

Blackie, el gigantesco matón de los forzados de Trist, acabó su condumio y exhaló un suspiro de satisfacción. Estómago lleno significa alegría y ganas de jugar. Y en el cerebro limitado del hércules apareció la idea de demostrar que, si bien había sobre él un dueño indiscutible, o sea, el terrateniente, a partir de este individuo, nadie le podía hacer sombra.

Enderezó su enorme corpachón y se puso en pie. Hizo crujir sus músculos con el orgullo de un animal selvático y desde su elevada estatura consideró a las humilladas cabezas de los recién llegados.

—Voy a echar un vistazo a los novatos — gruñó para un hombrecillo, de facciones que compartían las características de los pugilistas y de los animales furtivos. — Y a hacerles una exhibición de mis procedimientos, para que se den cuenta de quién manda aquí.

—Muy bien — contestó su interlocutor, sacudiendo las pajas adheridas a su chaqueta.

Blackie se adelantó hacia sus nuevos camaradas, andando con un contoneo muy conocido de todos y que no auguraba nada de bueno. Sus ojos chispeaban magnamente al pensar en la broma que les daría. En su obtuso magín, el cual, por otra parte, poseía la estucia necesaria para no meterse en un mal paso, no había otra intención que la de divertirse un poco, porque su pecho de atleta de circo encerraba un corazón noble, aunque feroz.

—Así que éstos son los pipíolos — empezó a decir en su argot. — Yo me encargaré de cuidarlos, machachos. Puede que os vaya mejor dándoos un par de lecciones sobre

la etiqueta de este establecimiento—. Y en vista de que sus amenazas no surtían el efecto deseado, exclamó: —¡Qué hatajo de bestias! Miradlos.

Los veteranos, para emplear los términos de Blackie, celebraron con grandes carcajadas los apóstrofes del camorrista, el cual fué levantando a la fuerza las cabezas de los recién llegados, prodigando pullas y sarcasmos que era el primero de reír.

—Bien, no creo que pueda hacer milagros con vosotros...

Al llegar a la altura de Miguel Furia, que le contemplaba irrisoriamente, sin hacer caso de su escudilla, la palabra se le heló en los labios. ¡Cuántas vueltas da el mundo! Por un momento, la mezquindad cegó a Blackie. Dando la espalda a la persona que le maravillaba, gritó:

—Bien, bien, bien. Es él, muchachos... Tan cierto como que estoy aquí. Se llama capitán Furia... ¡El libertador de Irlanda! —abrió los brazos con grandilocuencia y continuó diciendo, con cierto acento envidioso: —Cabalgaba por sus campiñas a lomos de un buen caballo, con su buen par de pistolas pendientes del cinto. El mejor tirador de Irlanda, según creo. «¡Mantened vuestros derechos!», decía... Y, ahora, miradle, ¡miradle! —se volvió hacia su víctima un momento: —¿Qué se hicieron de tus hazufas? Aquí lo tenéis, en este agujero... Comiendo nuestra misma bazofia y llevando el mismo uniforme de los demás.

Miguel no respondió, como Blackie ansaba, al reto de su pectorata. Con mesurada sangre fría semejaba hallar diversión en la ironía del gigante. Pero, entre los hombres cercanos a él, se levantó una voz para defenderle:

—El capitán Furia es un gran hombre—. Miguel reconoció a Bob, antiguo correligionario suyo, en el que había hablado. Sólo dos personas morirían por él: el Catarroso y Bob.

—¿Quién te pide a ti opinión sobre tus gustos?— exclamó Blackie precipitándose sobre él. —¡Para qué aprendas!

De un terrible puñetazo le tendió exánime. Los recién llegados se mordieron los labios, sin valor para defender al agredido. Únicamente Miguel Furia crispó los puños.

—No vuelvas a hacer eso— advirtió con voz acerada y suave, que no pudieron olvidar durante mucho tiempo. Era un contrincante digno de Blackie.

—¡Ah, sí? Queriendo implantar aquí tus generosas ideas, ¿eh? A ver si te aprendes esto de una vez para siempre: El amo aquí soy yo. A quien se le ocurra hacer el gallito delante de mí, le aplastaré tan rápidamente que ni se dará cuenta de lo que le ha pasado...

—calló unos segundos—. ¿Bien? ¿Qué contestais? Vamos, paticojos, hato de cobardes, ¿quién se atreve?

El último epíteto fué recibido por el Catarroso como si hubiera sufrido un latigazo. Con el desprecio al dolor físico privativo de las personas de gran valor moral, intentó levantarse, diciendo:

—Cuando alguien me llama cobarde... —pero Miguel le sujetó por la muñeca. Tenía que ser el Catarroso el que les diera la lección de hombría. Sea... Blackie obtendría lo que deseaba: una buena pelea.

—Vamos, Catarroso, calma... —Se puso en pie y se quitó la chaqueta. —No pongo en duda que tengas mejores puños que yo, pero

aquí no habrá paz hasta que lo hayas probado. Pelearemos, si quieres.

—¡Oh! ¿Te atreves? —preguntó incrédulamente Blackie.

Alargó su chaqueta a Bertie, su inseparable, y frotó sus pies contra el suelo. Los presos formaron rollo en torno a los dos adversarios y un sepulcral mutismo cerró sus bocas. Miguel y Blackie apretaron sus puños y se pusieron en guardia. Miguel no tenía muchas esperanzas de derribar al coloso, pero estaba sereno.

Pintaron unos instantes y de repente la diestra de Blackie salió disparada como la cabeza de una serpiente, arrojando a Miguel sobre los espectadores, que se rieron de la facilidad del triunfo. El caldo sacudió la cabeza como un hombre que sale del agua y se puso en pie vacilante.

—Dale con la izquierda, Blackie —aconsejó Bertie.

—¡Levántate y pelea! —aulló otro recluso.

Miguel, con menos agilidad que antes, volvió a recibir el impacto del puño de su adversario y rodó como una masa inerte. Las risas estallaron como un huracán. El Catarraso contenía sus deseos de auxiliar a su amigo, temiendo molestarla. Pero la pelea había terminado. Miguel rebullía débilmente.

—¿Qué te ha parecido, Bertie? —indagó, ufano, Blackie.

—No muy bien —fué la sorprendente contestación—. Se está levantando.

Así era. Miguel había dominado el caos de sus sienes. Se enfrentó con el matón y esquivó hábilmente dos puñetazos, y, al repetir lo mismo con un tercero, aprovechó la oportunidad que el gesto le

daba, al descubrir la barbaridad de Blackie; su diestra le derribó como si hubiera recibido un hachazo en las piernas. La hilaridad se encendió por ambos bandos. Blackie, algo entorpecido, saltó sobre Miguel y fueron vacilando contra la pared, desplomándose sobre una mesa y aplastándola con estrépito. Forcejearon, sin lograr dominarse...

—¡Apartense! ¡Quítense de ahí! —gritó Mergon, abriéndose paso a latigazos—. ¿Qué ha ocurrido aquí?

—Solo ha sido un poco de diversión —aseguró Blackie, jadeante—. Después de un día de trabajo no irá a echarnoslo en cara.

—Moleré a palos al primero que haga el menor ruido —contestó el guardián, saliendo.

—Caramba —exclamó Blackie, dirigiéndose a Miguel, cuyo nombre rozaba—, es la primera vez, desde hace mucho tiempo, que un hombre me dura lo que tú.

—Creí que ya estaba listo cuando me derribaste la segunda vez.

—Sí. Pues tu caricia de la mandíbula me pareció una cox —dijo frotándose la barbilla—. Te vi doble durante un buen rato.

Miguel rió fatigado. La refriega le había dejado exhausto, no así a Blackie, que poniéndose en pie, se encaró con todos, recuperando su tono agresivo:

—Caballeros, puede que no esté de acuerdo con sus procedimientos generosos... y puede que no se pueda hacer una buena petaca de un bolso de seda, pero el Capitán Furia es todo un hombre. Y como a tal habéis de tratarme.

Extraña manera de ganar incondicionales, pensó Miguel. Blackie era un buen aliado, siempre y

cuando a sus férreos músculos se opusiera un cerebro inteligente.

La fuga

El sol caía de lleno sobre los lavaderos y los lugares en donde se trasquilaban los carneros y las ovejas, sin que bastaran para mitigar el ardor de sus rayos los someros techos de palma. Los balidos y protestas de los animales formaban una algarabía indescriptible; el calor, el polvo, el olor de las bestias, el esfuerzo para dominar sus intentos de huida, eran insostenibles.

Con todo, los hombres estaban alegres. Desde que había aparecido el Capitán Furia un hábito de hermandad les rodeaba; su fuerza moral hacía milagros y les animaba a soportar como un incidente sin importancia las rudas faenas cotidianas. Es maravillosa la influencia que puede tener un hombre dispuesto y de carácter sobre las almas desesperadas.

Miguel, provisto como los demás de unas tijeras trasquiladoras, mantenía sujeto entre sus piernas a un carnero rebelde que pugnaba por escapar sin éxito. Según su costumbre, su rubia testa iba descubierta y el sudor y el polvo había adosado a su rostro una mascarilla de suciedad, que borra la expresión de sus facciones. Unicamente sus ojos azules podían demostrar cuánto se estaba divirtiendo al ejecutar su degradante labor.

Cortó algunos mechones del vellón de su víctima y, levantándola luego a fuerza de brazos, la dejó caer al otro lado de la barda. Con aquél ya había trasquilado veinte carneros. Le gustaría que

Trist hubiera visto cómo llevaba a cabo su tarea.

—Es una obra de arte — comentó, señalando al carnero.

Los presos detuvieron los rápidos cortes de las tijeras y su hilaridad estalló. Miguel había rapado ridículamente a tres carneros, como se hace con los perros falderos; las bestias corrían libres y, al parecer, avergonzadas de su aspecto. Los esquiladores prosiguieron su trabajo...

Trist no gozaba de un humor seráfico aquella mañana. No satisfecho con las ganancias exorbitantes que le producía su industria lanera, procuraba acrecer sus rebaños apoderándose del ganado de sus oprimidos convecinos. El desposeer a los pequeños rancheros había llegado a convertirse en él en una verdadera obsesión y en una continua campaña. Impulsaba a sus capataces, Mergon, Preston y a sus hombres para que irrumpiesen en las propiedades de los colonos y cometieran toda clase de atropellos, escudados en el anonimato. Pero hasta entonces sus maniobras no habían dado el fruto deseado; los colonos, que veían en las tierras su único medio de vida, se negaban rotundamente a sus planes. Había pasado toda la noche pensando en lo anteriormente dicho y su despótico carácter, considerando un insulto a su persona la resistencia ofrecida, había amanecido agrio y brutal. Sin embargo, el terrateniente, en tales casos, era como un puñal de sutilísimo acero enfundado en una vaina de terciopelo: cuanto mayor era su ira, tanto más aumentaba su amabilidad.

Dispuesto a encontrar una falta en la marcha de la organización de sus dominios, los iba recorriendo en compañía de Preston y de

Mergon, cuyos sombríos espíritus, alarmados por la sedosa cortesía de su señor, elevaban preces para que todo discurriera a la perfección.

—Volvamos a los colonos del valle—dijo, al fin, Trist—. Voy a darte la última oportunidad para que se largen de aquí. Mañana, Mergon, coja a sus hombres y reúna a los colonos. Les hablaré frente a la casa de Dupré. Hágales notar la importancia de su asistencia... ¿Babrá ser convincente?

La satánica sonrisa final que contornó el semblante de Trist tuvo eco en Mergon. Hizo un gesto como insinuándole que podía dejar el asunto enteramente a su cargo.

—¡Oh, sí, señor!

Habían llegado a los corrales. Salvaron a algunos carneros despavoridos, que iban a chocar contra sus piernas. La mirada de Trist recorría aprobadora la dependencia, entregada a una actividad febril, producto de su presencia. De repente, la «obra de arte» de Miguel se revolcó a sus pies.

—¿Qué es eso?

—Estad seguro que no lo sé, señor—replicó Preston, con pavor.

Trist aguardó al final de la jornada para averiguar el causante de la hazaña. En caso preciso, cuando se trataba de la buena marcha de sus asuntos, sabía esperar con la paciencia de un pescador. Cayó la tarde y, una vez congregados los presos bajo la aguda vigilancia de los hombres de sus capataces, armados con rifles, Trist comenzó sus averiguaciones.

Escudriñó las hileras de los expectantes forzados, recorriendo lentamente sus caras y sus ojos se clavaron en las aplastadas facelo-

nes de Blackie, el cual adoptó un aspecto de inocencia delatadora de su conocimiento de la hazaña. Pasó de largo Trist, tomando nota de ello. Blackie hizo un guiño a Miguel y obtuvo una señal de complicidad. El caloso se estaba divirtiendo como siempre acontecía en las ocasiones peligrosas. Conforme a la ley no escrita y el honor de los delincuentes sufriría todos los tormentos antes de dar el «sofío».

El terrateniente gozó con fruición de la emoción de sus esclavos. Sus esbirros estaban apostados estratégicamente y el poste de los azotes se alzaba amenazador a un extremo del patio, como un símbolo de su poder sobre la vida y sobre la muerte. Y estas cosas son las que hacen dichosos a los hombres. Respiró el aroma de una flor. El hedor de aquellos individuos era repugnante.

—Parece que tenemos un humorista entre nosotros... un terrible gracioso que, en lugar de cumplir con su trabajo como prescribe la ley, pierde el tiempo diseñando artísticos dibujos sobre los corderos...

Blackie estuvo a punto de echarse a reír. Miguel le recomendó prudencia con una mueca. Trist se había percatado de todo.

—Bien, nosotros también tenemos procedimientos humorísticos—siguió diciendo, aludiendo a la píscota—para combatir tal conducta. ¡El encargado del establo, un paso al frente!

Miguel se sintió inquieto. Su jefe era Blackie y Trist era muy capaz de hacer pagar su silencio al gigante hasta que le descubriera el autor de la fechoría. Y lo peor de todo es que Blackie moriría, antes que hablar, bajo los látigos de sus verdugos... Blackie ejecutó lo ordenado y se cuadró ante el terra-

teniente, con el rostro impasible y las manos pegadas a las costuras de sus calzones.

—¿Tú estabas en el estable?— indagó suavemente Trist.—¿Quién ha sido?

Blackie encogió sus amplísimos hombros. Su ladina y alerta expresión habitual había sido trocada por una mueca estulta.

—No lo sé... Estuve con los borregos todo el día... Y le aseguro que no vi a nadie hacer nada malo— replicó—. ¿Acaso aquel mequetrefe creía que le iba a asustar? Ya sabía él cómo irritarle. Si le hubieran dejado libre y las escopetas estuvieran lejos, lo aplastaba de un pufetazo; pero ya que presumía su poder, averiguaria lo que le es posible soportar a un hombre de pelo en pecho, con tal de humillar a un prójimo.

—Ved si seis latigazos le sueltan la lengua.

Blackie no opuso resistencia a ser conducido y ligado al poste, a pesar de que, en caso necesario, los dos hombres que le ataban hubieran volado como plumas.

—No espere que haga tal cosa, señor—dijo con algo de triunfo en su acento—. Yo, yo, yo, no se lo diré.

Le arrancaron la chaqueta de sus hombros. El látigo zumbó en el aire al ser probado; luego, volvió a ser recogido y preparado. Miguel contempló la enorme espalda curvada de Blackie, en espera del castigo. Se le antojó glorioso el valor de su camarada y que merecía una respuesta semejante. Y antes de que el Catarroso le pudiera detener, salió de la fila.

—No hace falta que siga. Yo fui quien lo hizo.

Trist giró lentamente sobre sus talones y se encaró con Furia. Si

este había tenido la esperanza de que su noble proceder se viera recompensado con echar tierra sobre el asunto, pronto se disipó ante la mirada de su dueño. En el alma de éste no cabían sentimentalismos: él amaba la disciplina y, para la disciplina, sólo creía esencial el látigo.

—Ven acá. Con que fuiste tú, ¿eh?—ordenó complacido de sus métodos de investigación.—Poned a nuestro cómico amigo y doblad la dosis.

La presunción era el punto débil de Trist. Los guardas avanzaron obedientes, pero, antes de que atrapasen a Miguel, éste ya había obrado con la rapidez de un rayo. Trist había estado tan confiado que, saliendo de una costumbre inveterada, le permitió acercarse hasta el extremo de que el joven le rozaba. Furia se precipitó sobre el terrateniente, y exclamó:

—No me he dejado azotar jamás. No logrará hacerlo.

Se parapetó tras el cuerpo de Trist, pasando su brazo izquierdo en torno de su cuello, inmovilizándolo, al paso que de su cinturón sacó las afiladas tijeras de esquila y las apoyó bajo la oreja de su presa. Los guardas gritaron sin saber qué hacer y los presos vitorearon a Furia, aunque sabían que no era fácil que saliera con bien de aquel mal trance. Pero siempre se ha de celebrar un gesto gallardo.

Únicamente permanecieron tranquilas cuatro personas. Blackie y el Catarroso estaban alerta, preparados a intervenir en auxilio de su camarada. Miguel calculaba rápidamente las probabilidades de salvación. En cuanto a Trist, bueno es declarar que el inesperado acto de su esclavo solamente le

atendió un instante y en seguida recuperó la sangre fría.

Diga a sus hombres que retrocedan — ordenó Miguel a Trist. La barda estaba cerca y para un hombre medianamente ágil era bastante sencillo sobrepasarla, apoyando los pies en una de las ruedas que estaban adosadas a ella.

Así lo comprendió Trist. Miguel quería huir al campo y no sabía muchas, muchísimas de las cosas que le podían suceder en campo abierto y antes...

— Está bien; muchachos, calmaos. Ahorrad pólvora. Markham — indicó Trist —, tú eres el mejor tirador; apunta bien y cázalo al saltar el muro.

— Sí, señor — respondió el guarda, apostándose junto a la picota y apoyando el rifle en uno de los travesaños para asegurar su puntería.

Miguel dió un empujón a Trist, que vaciló y rodó por el suelo del polvoriento patio. Un movimiento involuntario hizo dar un paso a los guardas, pero lo dominaron para vigilar con las carabinas a punto de hacer fuego al que se dispusiera a ayudar al presunto tráfuga. Miguel, a renglón seguido de haber dado el empujón a Trist, corrió con la agilidad de un gamo hacia el cercano muro y se lanzó a fuerza de puños hacia el borde.

Markham montó el gatillo de su arma y, en una milésima de segundo se lo encaró, mas su brevísima vacilación dió al Catarroso la posibilidad de intervenir. Algo acerado brotó de su mano, cruzó la distancia que había entre él y Markham con la velocidad de una ráfaga y se clavó en el codo derecho del guarda. Simultánea a

la exclamación de dolor de éste, fué la caída de su arma.

Miguel desapareció en la noche. La tijera del Catarroso le había apoyado en su huida.

Preston acudió a sostener a Markham, que vacilaba casi desmayado de sufrimiento. La tijera del Catarroso aún estaba hincada en el codo del tirador; nadie pensó en averiguar su procedencia. El capataz tiró del instrumento y Markham exhaló un quejido.

— En seguida, lleválo a la oficina — ordenó Trist.

— ¿Debemos perseguirle, señor? — preguntó Preston.

— No — contestó el preguntado con una sonrisa diabólica —. Cuando vaya a buscar comida, los colonos le cogerán y vendrán por la recompensa. Lo que haré con él va a ser simplemente delicioso.

A los presentes se les puso la carne de gallina. Trist no era hombre que dejara sin cumplir sus promesas.

La puritana del valle

Miguel, en su huida, había llegado a un lugar que suponía bastante alejado de la hacienda de Trist. Durante toda la noche había caminado rápidamente, guiándose por la posición de las estrellas, y, si éstas no le habían engañado, podía creerse seguro. Sentía hambre y estaba derrengado.

Ante sus ojos se ofreció un amplio arroyo, situado en un paraje idílico. Los olmos y los sauces sombreaban el agua, que corría con un grato y apacible sonido. Las rocas que llenaban las orillas, y otras que estaban en medio de la corriente, le ofrecían refugio.

Se aproximó a la ribera. El corazón le dió un salto e inspeccionó

velozmente los contornos. Colocado sobre una peña había un cesto de ropa; luego estaba en las cercanías de la casa de algún colono. Un caminito se insinuaba entre los árboles, pero del supuesto hogar no había vestigios.

Lo esencial era adsecentarse lo más posible, antes de dirigirse a pedir ayuda y sustento. Si no erraba, los colonos le acogerían encantados; así lo estimaba por las palabras que oyera a Trist en el día de su llegada. Las relaciones entre el terrateniente y sus convecinos no parecían ser muy cordiales. Sea lo que fuere, siempre encontraría una mano caritativa que le alimentase.

Cogió una pieza de ropa, de las que esperaban ser lavadas y, sin más dilaciones, ni reparar que podía regresar el dueño de ellas y dar la voz de alerta, se internó en un macizo de peñas; éstas le ocultaban de miradas indiscretas, y tomó su primer baño. Hacia muchos meses que su cuerpo no sintiera la caricia del agua y se olvidó de todo.

Jeannette había abandonado su colada para llevar a un corderillo al pesebre. Contempló unos segundos, enternecida, el torpe movimiento de las largas patitas del animalillo y tornó al arroyo. Algo blanco, que relució un instante sobre las rocas, atrajo su atención. ¡Un evadido se estaba lavando con su propia ropa! Su cabello rubio sucio y sus mal rasuradas facciones no dejaban lugar a dudas.

En un brinco estuvo en su casa. Sobre el hogar estaba el fusil de su padre. Era necesario ser precavido. Los colonos contaban horrores de los presos evadidos. Además, había una prima no despreciable de cien libras para el que

entregara uno a Trist. Su padre lo hubiera hecho. Le pareció oír su voz, diciendo: «Los pecadores han de sufrir su castigo...»

De nuevo pisó el sendero y estuvo en la orilla del agua. Se echó el fusil a la cara, asestándolo contra el evadido, cuya cabeza veía perfectamente.

—Arriba las manos — ordenó con sequedad, pero con el corazón palpitante.

Miguel interrumpió su baño y levantó la cabeza. Más que el arma le preocupó que una mujer le hubiera sorprendido durante sus abluciones. Inconscientemente, sin pensar que las piedras ocultaban su cuerpo, se tapó con el pedazo de tela. Era muy hacendoso huir, pero, ¿para qué? Tarde o temprano le cavarían.

—¿Por qué? — preguntó. La desconocida amazona era la mujer más linda que sus ojos habían contemplado en mucho tiempo. Sus bucles enmarcaban un rostro dulce e infantil y unos ojos grandes, azules, que destellaban de excitación.

—Porque es usted mi prisionero.

—La verdad, prefiero ser prisionero suyo a serlo de los que me han hecho sufrir hasta ahora.

—¡Callese y salga de ahí!

La situación le hacía gracia. Miguel comprendió que su tono autoritario se debía al espanto que su acción le causaba. No obstante, la boca amenazadora del cañón no temblaba.

—Pues, haga el favor de volverse si quiere que salga algo más presentable.

—Será lo mejor.

Sus amplias faldas revolotearon al darle la espalda. Miguel reparó en su esbelta y delicada figura y, tal vez porque le sugería un alud de recuerdos, no pensó en huir a

pesar de su facilidad manifiesta. Sus dedos se movieron apresurados y poco después salió de su pódrea pantalla.

—¿Por qué quería capturar?— preguntó Miguel, encarándose con ella.

—Porque sólo un preso evadido y me darán cien libras si os devuelvo a las autoridades.

Su barbilla se levantaba combativa y Miguel dominó las ansias de estruendo la respingona y altiva nariz. Acabó de abrochar su chaqueta.

—¡Caramba! Nada menos que cien libras... Debo ser un recluso muy importante.

—Dan el mismo dinero por todos los evadidos—replicó con frialdad Jeannette, a quien la tranquilidad de su capturado tenía desconcertada.

—Muy bien, señora mía. Quedo a vuestras órdenes... ¡Ah! Y existe que pude escapar.

—¿Estando yo con un rifle?— le desafió.

—Estando vuelta de espaldas— corrigió Miguel, vertiendo su afirmación sobre su entusiasmo, como se hace para apagar un fuego con agua fría.

La enmienda penetró lentamente en el cerebro de la joven. La culata de su arma descansó en el suelo. ¿Quién sería aquel hombre que tan apaciblemente aceptaba su apresamiento y comentaba como un hecho natural sus probabilidades de salvación? Hablaba con ella con la gentileza de un caballero de Sidney; jamás se le había ocurrido que un preso pudiera tener una voz tan educada y la rara seducción que la cohibía, hasta notar que su frialdad se desvanecía, como se deshuelan los ríos en primavera.

—¿Y por qué no lo hizo?

—Pues... a decir verdad, estoy hambriento. No he probado bocado desde ayer y lo último que tomé no era muy sabroso—le confesó Miguel, avergonzado de su miseria.

—¿De verdad tiene usted hambre?— dijo conmovida.

—Si fuera usted capaz de darme de comer, yo sería un prisionero feliz y usted tendría una conciencia más tranquila—confirmó Miguel, en su acostumbrado tono humorístico, que tenía la virtud de soliviantarla.

Jeannette dudó antes de acceder al ruego latente bajo la capa de su humorismo. Ni su mismo padre, aún siendo tan severo, permitiría que nadie abandonara su hogar con el estómago hambriento. «Dar de comer al hambriento...» Pero era inútil tratar de engañarse: le molestaba la apreciación de lo que en realidad estaba aconteciendo en el interior de su ser. Descaba proseguir unos minutos más con el evadido.

—Está bien, pero en cuanto haga el menor movimiento...

—Seré tan manso como un cordero... y lo que yo no sepa de corderos, no lo sabe nadie. En...

—Andando—mandó Jeannette, cortando el movimiento que hacía para ponerse a su lado y empujándole en dirección de su casa con la punta del rifle.

Los esbirros de Trist reunían a los colonos empleando unos métodos contundentes. Penetraban en sus casas y les hacían salir de ellas a empellones, ya con amenazas, ya con frases corteses. De esta manera los desgraciados habitantes del valle, caminaron por los senderos, acuciados por los trallazos de los siervos del terrateniente, que montados a caballo, los rodeaban y seguían. No tarda-

ron en alcanzar la explanada que se extendía frente a las cabafías de Dupré y esperaron la presencia del tirano.

Este había sido el tema de la conversación de ambos jóvenes una vez Miguel estuvo sentado, y con un plato de manjares calientes delante. No le había costado mucho soltar la lengua de la muchacha, que, olvidada de su categoría, le relataba los incidentes que habían puesto en tirantez las relaciones del hacendado y los colonos. Con infantil ira terminó y aguardó la contestación del joven, que se había quedado muy pensativo.

—Si las cosas marchan en el valle tan mal como usted dice —dijo Miguel, dejando de comer—, ¿para qué demonios quiere usted deoírme a Trist?

Su lógica consternó a la muchacha. Y acabó de rematar a su agonizante voluntad de entregarle. No sabía por qué, mas el hecho de haberle convertido en el confidente de sus preocupaciones la aliviaba.

—Pues, muy sencillo... Usted es un preso evadido, ¿no es eso?

—Y él es su enemigo —reparó Miguel.

—Lo cual no tiene nada que ver con usted —aseveró, lamentándolo, Jeannette, encendiendo una cálida chlapa en el alma de Miguel.

La muchacha era el símbolo de cuanto había perdido con su derrota. Una gran nostalgia le dominó al contemplar el bello rostro iluminado intermitentemente por las llamas del hogar. Tragó saliva y titubeó antes de decir:

—Se me está ocurriendo una cosa... Tendrá usted que perdonarme; no tengo más remedio que decírsela. Si yo la hubiera con-

templado a usted por la calle de Sutillez, de Dublin, en un lindo carruaje, luciendo un hermoso vestido hubiera dicho: «¡Ah! va una de las mujeres más bellas de toda Irlanda...»

Se interrumpió para contemplar el efecto de su galantería y, aunque algo adivinó y supuso que era vanidad halagada, a pesar de que sus frases no eran mera cortesía, nunca supo la tumultuosa emoción que desvelaron en Jeannette, tan ávida de amor y de admiración como cualquier muchacha solitaria que súbitamente encuentra al hombre soñado.

—... pero aquí —siguió diciendo Miguel, impulsado por una fuerza mayor—, frente a este fuego y tras de haberme pasado meses a bordo de un barco prisión, me parece la más bella flor criada en el más bello jardín...

El encanto fué quebrado por el golpear de cascos, el estallido de los latigazos y los gritos de protesta. Miguel y Jeannette se precipitaron hacia la ventana, pudiendo ver a los satélites de Trist, maltratando a los colonos. La joven corrió hacia su rifle y se dirigió a la puerta para hacer pagar cara su osadía.

—¡Esos brutos! Ya les enseñaré yo...

—Espere —exclamó Miguel, sujetándola en el momento en que iba a salir—. Son más de los que puede dominar con un rifle. Es mejor aguardar a ver qué ocurre.

El capitán Miguel Furia

Ambos jóvenes columbraron, a través de los cristales empujados de la ventana, al grupo de colonos a los cuales, completamente acobardados, se preguntaban entre sí

en qué pararía aquel deamán. Cual todos tenían las cabezas encanecidas; sus rostros fatigados denotaban temor y no era preciso presumir de profeta para vaticinar que Trist no encontraría muchos obstáculos en su empresa, puesto que los pioneros estaban en la edad en que se prefiere hablar de la ley y soportar indefensos los atropellos, a defenderlos en nombre de unos derechos bien fundamentados.

Trist entró en la muchedumbre de los colonos hendiendo sus filas con el pecho de su caballo blanco. En su levita abotonada hasta el cuello brillaba la culata de un revólver de cachas de nácar. En lo alto de su cabalgadura su figura resultaba imponente.

—Lo que voy a decirles es bien sencillo. He intentado por todos los medios convencerlos de que no pertenecéis a esta tierra. Ahora voy a explicarles lo que os ocurrirá si no os marcháis. Os doy una semana, ni un día más... Si para entonces no os habéis ido, no os coja de sorpresa que desaparezcan vuestros medios de vida y vuestras casas fueran reducidas a escombros.

Hasta entonces había hablado con la sencillez de un maestro de escuela que explica a sus discípulos una lección de Historia o de Botánica. Sus convecinos le contemplaban cohibidos; sin embargo, a Trist se le antojaron obstinados. Y esto, naturalmente, le excitó, haciéndole perder el freno:

—Toda esta tierra es mía, mía, ¿lo oís? —gritó azotando el aire con las bridas de su caballo. —Y si no salís de ella, vosotros seréis los responsables de las consecuencias.

Escrutó los semblantes hacia él alzados. Ni una voz se levantó para protestar. Podía regresar a su

finesa tranquilo; los colonos eran un hato de borregos, que aguchaban las orejas al oír la voz de su amo.

—Nada más; podéis retiraros —terminó, haciendo volver las grupas a su cabalgadura.

Los colonos permanecieron silenciosos hasta que el polvo conmovido por el casco del último corcel volvió a posarse sobre el suelo. Trist estaba tan seguro de su dominio que se atrevía a dejarlos solos, sin temor a que se confabulasen en contra de él.

Mientras se dirigían hacia la cabecera de Duprés, todas las mentes daban vueltas al asunto sin hallar una solución. Sabían esteril el le con una reclamación al Gobernador. La palabra de Trist valía mucho más que las de ellos ante el personaje mencionado. Era influyente, había prestado más de una vez su apoyo en caso de apuro, bien con alimentos, bien con sus hombres o con su capital. En tanto que ellos pagaban los tributos, laboriosamente extraídos de las entrañas de aquella inhóspita tierra, daban su sangre en pro de su patria en ciernes y nacían y morían en silencio, sin que nadie se percatara de que eran la fuerza viva de su incipiente nación. Así estaban hechas las cosas.

A pesar del espanto y de la miseria que vislumbraban para lo futuro, para sus esposas y para sus hijos, no brotaba en ellos el destello de la rebeldía. La lucha contra la tierra vuelve fatalistas a los hombres. Si era necesario, se humillaban y partirían más lejos aún, antes que madirse con Trist.

No obstante, su cobardía les remordía la conciencia como un pecado terrible.

Jeannette fué hasta el grupo de pensativos y vencidos hombres,

seguida, a algunos metros de distancia por Miguel, que no había perdido la prudencia necesaria. Había oído toda la perorata anterior y barruntaba que los colonos, por congraciarse con su verdugo, eran más capaces que nunca de ponerle en las manos de aquél. Su indignación se había encendido; en todas las partes en donde aparecía encontraba lo mismo: derechos despreciados y gente dispuesta a permitir que los ambiciosos los atropellasen. En su caballeresco corazón surgió el impulso de ponerse al servicio de los colonos... pero era mejor no pensar en ello y cuidarse de sí propio, en vista de que en ellos no había ni un átomo de dignidad viril.

Por último, uno de los colonos, dejando de mirarse sus callosas e inertes manos, exclamó, como quien sale de un mal sueño y no sabe aún si vive en la realidad o en el mundo de lo inverosímil.

—¿Has oído lo que ha dicho? ¿Qué vamos a hacer ahora? No podemos ir a ninguna parte.

—¿Qué haremos con nuestras familias?

—¿Y con nuestros hijos?— prosiguió el que había hablado primero, dirigiéndose en general a sus colegas de desgracia: —Puede ocurrirles algo malo.

Un colono, el más antiguo de todos en aquellos conhornos, llamado Bailey, alto, seco y avellanado, no tan espantado como los demás, se volvió hacia el padre de Jeannette, que miraba inescrutable la lejanía. La joven y Miguel oyeron su pregunta hecha en el amargo tono de un hombre irritado por la incapacidad de sus semejantes.

—Dupré, hasta ahora no ha dicho usted nada. ¿Qué piensa usted?

La opinión del puritano tenía gran autoridad para sus vecinos. Dupré era un hombre duro, para el que únicamente existía la ley escrita en la Biblia o en los libros de los hombres.

—Los hombres no consiguen nada golpeando contra el destino. —fué desalentadora contestación. Vió a Jeannette: —Vete a casa y cuida de tus asuntos. Está predestinado que homos de sufrir y así debe ser...

Jeannette sorprendió el gesto de Miguel. No había obedecido a su padre; creía que el criterio de una mujer les serviría de apoyo. Un rumor de aquiescencia recorrió a los colonos. Hasta alguno hubo que dijo:

—Andando, vámonos.

—Esperen un poco —suplicó Jeannette tendiendo sus manos. —No podéis ir así. Si lo hacéis, estamos derrotados. Tenemos que estar todos unidos. Vosotros, que tenéis mujeres y niños, ¿queréis hacerlos sufrir?

Miguel creyó llegado el momento de la su intervención. Jeannette decía verdades y demostraba tener más sentido común que todos aquellos hombres. En su cabeza barruntaba un plan que podía dar mucho resultado. Su voz, al sonar a sus espaldas, contrurbó a los sobresaltados colonos:

—¡Escuchad!

—Un recluso, un recluso —exclamaron, al distinguir su indumentaria, pero Miguel no se dejaba arredrar, como ellos, por tan poca cosa. Lo que necesitaban era un jefe y él estaba determinado a serlo.

—¿Quién es usted? —preguntó Bailey, haciendo callar a los demás. El franco aspecto del evadido le había predispuerto en su favor.

—Sí, soy un recluso — afirmó Miguel, entrando en el círculo. — Soy el prisionero de esta señorita.

—No queremos por aquí gente de su calaña — dijo ásperamente Dupré, sin hacer caso de los tironeos persuasivos que su hija propinaba a su brazo.

La salida del puritano no ofendió a Miguel, pues sabía que el calificativo era apropiado, por lo menos, aparentemente. Los rostros que le contemplaban no eran hostiles, pero sí vacilantes. El único amigo, era de Jeannette, que parecía tener fe en él. Y esto sólo era bastante. Con una gloriosa llama en el corazón, replicó:

—Pues lo habéis de querer. Voy a ayudarlos.

—¿A qué? — preguntó con incredulidad un colono. Si alguien necesitaba ayuda era él.

—A resolver vuestro problema. La señorita tiene razón. El hombre que no lucha por su hogar es como una rata.

—Yo no he dicho eso — protestó Jeannette, tomando su frase literalmente.

—Pero lo dió a entender — afirmó Miguel. — ¿Cuál es vuestro problema, después de todo? Os ha sido entregada la tierra por un Gobierno, un joven Gobierno que aún no es capaz de ofrecer os suficiente protección. Pero vosotros sola sus enviados, sois el propio Gobierno y debéis luchar por lo que honradamente os pertenece.

Los colonos ya sabían de sobras lo explicado por Miguel, pero, salido de su boca, semejaba tener un aspecto nuevo. Era sorprendente que un preso les hiciera reparar en ello.

—No hablas mal, recluso — aprobó Bailey — pero no somos contrincantes para Trist.

—Y no nos ha dado más que una semana — explicó otro colono.

—Yo os pido que no escuchéis a ese hombre — suplicó Dupré, que veía en Miguel la abyección encarnada en un ser humano.

—Pensad en que no lo haréis por vosotros mismos, sino por vuestros hijos. ¿Queréis que perezcan de hambre?

—No podemos luchar. Nos destruirá a todos — confesó Bailey.

—Ayudadme a libertar a algunos de mis amigos y juntos lucharemos por vosotros — sugirió Miguel.

Se oyó una risa sardónica, Jeannette era la que reía. Miguel era como los demás: se vestiría de cordero hasta que creyera oportuno enseñar los colmillos de lobo. Y sus palabras se encaminaron a Miguel más que a otra persona.

—Ya me esperaba eso. Busca libertad para él y para sus hombres, no para nosotros. No podéis hacer tal cosa, señor Bailey. Prefiero que nos perdamos todos a...

—¿A qué? — preguntó Miguel, al notar que callaba.

—A ayudar a un hatajo de criminales.

Miguel notó que el rubor cubría su rostro. No era aquella la primera vez que el epíteto le era dedicado, pero jamás lo había escuchado de una boca tan hermosa.

—¿Ah, sí? Gracias. Supongo, entonces, que irá a entregarme para recoger la recompensa.

—Muchachos — intervino Dupré — estáis colocando una espada sobre vuestras cabezas. Suponiendo que vencierais, vuestra unión con este reo os colocaría ante mal camino. ¡Ya no seríais ni mejores ni peores que él ante la ley! No contéis conmigo. Vámonos, Jeannette.

—¿Qué necesitáis, recluso? —

dijo Bailey, cuando estuvieron lejos los Dupré.

—Un buen caballo en mis rodillas y un rifle con qué defenderme.

—Bien — contestó Bailey, y dirigiéndose a sus colegas, preguntó: —¿Qué decidís?

—Démosle una oportunidad.

La liberación

Miguel paró su caballo ante el muro que rodeaba la hacienda de Trist. En realidad no llevaba ningún propósito definido. A medida que fueran surgiendo los impedimentos los iría superando. Solamente tenía una voluntad: liberar a sus camaradas, costase lo que costase. Con el Catarroso, Bob y Suco, podría hacer frente a los hombres de Trist. Sus tres amigos estaban lo suficientemente acostumbrados a tales clases de luchas para que su corto número fuese motivo para reclamar el auxilio de otros más. Verdad era que Suco había cambiado mucho, acobardándose desde que fueran aprisionados en Irlanda, pero la nueva vida le volvería a su antiguo estado.

Aseguró su revólver en el cinto y el frío contacto del arma le consoló. Todavía podía demostrar que era el mejor tirador de Irlanda, si llegaba la ocasión. Púsose de pie sobre la silla de su caballo y saltó el muro. Su caída no levantó más ruido que el que haría un gato.

Aprovechando las sombras, se dirigió a los cobertizos de los reclusos. Afortunadamente, conocía al dedillo los sitios en que habitaban a apostarse los guardas. Con sigilo pasó ante el primer cobertizo; únicamente le separaban escasos metros del que encerraba a sus camaradas.

—¡Ah! ¿quién es? — preguntó un guardián, saliendo de la primera construcción.

Miguel sonrió en la oscuridad. No era fácil que lo reconociera en su nueva indumentaria. El guarda, al no obtener respuesta, sacó con acelerado movimiento su pistola, pero el vergajo que el joven llevaba en la mano describió una curva en el aire, golpeando la muñeca de su agresor. De los labios de éste se escapó una exclamación de dolor y la pistola cayó al suelo. Inmediatamente del hombro de Miguel salió disparado un puñetazo que, al chocar con la mandíbula del guarda, le arrojó sin sentido dentro de una de las cubas destinadas a surtir de agua a los presos.

Se aseguró de que el auxiliar de Trist tenía bastante y recogió del suelo su pistola. El arma haría milagros en manos de Bob o del Catarroso. Continuó su avance hacia la caseta. En la puerta había otro guardián que levantó su fusil contra él, pero antes de que lo pudiera asar, un golpe de Miguel le derribó. Y sin detenerse a desarmarle, penetró en el calabozo.

La costumbre le llevó sin la menor vacilación hacia el rincón en donde dormían sus camaradas, a pesar de que la oscuridad era casi impenetrable, estando iluminado el recinto por un precario rayo de luna. Apoyó la mano en el hombro de Bob y sacudió al muchacho, susurrando:

—¡Bob, Bob! ¡Suco! ¡Despertad! — los dos hombres se pusieron en pie como movidos por un resorte. — Catarroso, ven aquí.

Se estrecharon las manos en silencio. A duras penas lograban reconocer a Miguel, envuelto en una pelliza de piel de oveja, tocado por un sombrero y con botas y espue-

las Miguel dió la pistola del guardián a Bob y siguió hablando:

—He vuelto porque necesito vuestra ayuda para hacer algo que vale la pena. Puede que perdamos el pellejo al final, pero lo haremos todos juntos.

El murmullo de las palabras de Miguel llegó a otros agudos oídos. Bertie, el inseparable de Blackie, dió un codazo al gigante, poniéndole sobre aviso y pegando su boca al oído de aquel, le ordenó:

—Escucha.

—¿Vendréis conmigo? —suplicó, mas que preguntó, Miguel.

—Claro que iremos, ¿verdad, Suco? —afirmó Bob, al que la liberación le parecía cosa de otro mundo.

—¿Es verdad que habrá peleas con tiros y todo? —indagó Suco, temblando.

—No lo dudes... ¡pero, qué importa?

—¿Me llevarás contigo, Miguel? —fué la súplica apasionada del Catarroso, que temía ser despreciado por su endeblez física.

—Pues, claro.

—¿Y a mí también? —dijo Blackie, surgiendo de la sombra.

—Temo que no se trate de lo que tú crees. Blackie. Vamos a ayudar a gente honrada.

—Claro, claro, ya lo sé —replicó el coloso, que deseaba abandonar la hacienda fuera como fuese. —No me perdería esta oportunidad por nada del mundo.

Miguel calculó las inmensas ventajas que podía obtener con el apoyo de Blackie. Era bueno para lugarteniente, por su fuerza, su energía y su arrojo; su única cualidad débil consistía en su desprecio hacia la propiedad ajena. Pero este era un defecto que con mano dura se podía hacer desaparecer.

—Entonces, está bien, pero

acuérdale de esto. O acatas mis órdenes o quedas fuera.

—A la orden, Capitán Furia. Desde el primer día soy cosa tuya. —notó que le tiraban de la chaqueta. Era Bertie, que impetraba su apoyo. —¿Qué pensáis hacer con Bertie?

—Me temo que sea algo apocado —despachó Miguel.

—¿Qué? —exclamó sorprendido Blackie. —¿Dile lo que tiene que hacer! Ha sido campeón de los pesos ligeros de Londres durante tres años.

El hombrecillo finió y disparó sus puños contra el aire a una velocidad sorprendente. Miguel se quedó asombrado de estas cualidades desconocidas.

—Está bien, Bertie —dijo, deteniéndole. —Está bien. Andando. Suco y Bertie que cojan los caballos. Sígueme, Bob.

El Catarroso, Bob y Blackie echaron tras él, mientras que Suco y Bertie corrían hacia las cuadras. Blackie arrebató el fusil al guardián derribado en la segunda ocasión y el Catarroso asió la pistola de su cinto. Miguel les condujo a la caseta de los guardas. Sus amigos necesitarían ropa y armas y allí la encontraría de sobras.

Entró en la casa y obligó a levantarse a todos los guardas que en ella se encontraban, auxiliado por el revólver de Bob. Uno dirigió la mano hacia su almohada, pero su movimiento no pasó inadvertido para Furia.

—Levanta las manos y sal de ahí —obligó a los guardas a apoyarse a la pared, mientras sus compañeros se equipaban. —Vamos, alinearos. ¡A prisa!

En un santiamén salieron el Catarroso, Blackie y Bob. Miguel dejó sus víctimas a su cuidado y se puso a la cabeza.

—Visitaremos la oficina de pagos.

—¿La oficina de pagos?— repitió Blackie, frotándose las manos, pero un chasquido le interrumpió en este ademán.

El guardián al que privara de sentido Miguel, haciéndole caer en la cuba de agua, rebullía, recordando el ser. Blackie estuvo en un decir Jesús a su lado y la culata de su revólver continuó la labor comenzada por Miguel. El cuerpo doblado del vigilante desapareció en el interior del recipiente.

El coloso llegó dando un bufido de satisfacción al lado de su Capitán. ¡Aquello era vida! Golpes, tiros y dinero. Repitió su pregunta. Nunca pensó que el joven hiciera su carrera de tal suerte.

—¿No guardan allí el dinero?— dijo Miguel, al escucharle.

—Ya decía yo que eras muy listo— aprobó Blackie y azuzó a sus capturados.

En la puerta encontraron a un guardián que vigilaba la oficina de pagos, alarmado por el ruido de numerosas pisadas. Miguel le metió su revólver por los ojos y le ordenó:

—Sal en seguida y trae las llaves.

Obedeció el hombre y aprisionados y capturadores penetraron en la oficina. Junto a una mesa se hallaba el cajero, vestido con un largo camisón. Blackie y Bob hicieron retroceder a los esbirros de Trist hasta la pared. Bob se hizo cargo de ellos, y Blackie dedicaba su atención a Mergon, cogido en la oficina.

—Vigila por ese lado— recomendó Miguel al Catarroso, indicando a la única ventana, que su amigo abrió para poder escuchar cualquier ruido sospechoso.

—Ahora abre la caja— ordenó

Miguel a continuación al cajero, depositando el revólver sobre la mesa. —Venimos a recoger el dinero que Trist debe a los colonos. ¡Vamos, ábrela!

Un guardián se acercaba a la ventana, pegándose a la pared para no ser descubierto. Ya amartillaba su rifle, cuando el Catarroso, distraído al parecer, le asestó un culatazo en una sien, dejándolo sin sentido.

—Mira las estrellas, amigo— aconsejó el tático. —¿Verdad que son preciosas?

—Trescientas cuarenta libras— anunció Miguel, sin conceder importancia al incidente. Podía confiar en su camarada. —Cuéntalas. Dale prisa.

—Es que trescientas cuarenta libras son mucho dinero.

—Pues cuida que no tenga que ayudarte.

Mientras el cajero contaba las monedas y las metía en un saco, Blackie hacía pagar a Mergon todos sus sufrimientos anteriores, golpeándole con la culata o dándole un pisotón y, al quejarse el capataz, le imponía silencio por un procedimiento parecido. Embolsadas las libras, Miguel tendió un papel y una pluma al cajero.

—Y ahora firma este papel para que no haya duda sobre el empleo de este dinero. Devuélvelo, Blackie— exclamó al ver que éste cogía un puñado de monedas que soltó de mala gana, para tornar a apoderarse de él cuando su jefe le dió la espalda.

Firmó el papel y libertador y libertados corrieron al lugar en donde les esperaban con los caballos ensillados, Bertie y Suco; sin más perances, galoparon hacia la libertad.

Mergon, así que desaparecieron fué a despertar a Trist y le narró

todo lo acontecido, con breves pero gráficas descripciones. La noticia dejó pensativo al hacendado, en lugar de enfurecerle, como era de esperar.

—¿Para los colonos? ¡Hum! ¿Y tú dejaste que se lo llevaran, miserable estúpido? Merecías ser azotado. ¡Buena gavilla de idiotas tengo en vosotros! ¡Para los colonos!... ¿Qué sabe él de los colonos a menos que hayan estado protegiéndole?... ¿Protegiéndole? ¡Hum! Eso sería interesante, muy interesante... Largaos. ¡Salid de aquí, mequetrefes, rebaño de borregos!...

Cuando el paso de los caballos aminoró, Blackie aprovechó para acercarse a Miguel, que trotaba en último lugar. Había algo que deseaba conocer.

—Fue muy precioso lo que dijiste que ibas a hacer con el dinero. ¡Dárselo a los colonos! — exclamó, ahogándose de risa.

—La pura verdad.

—Ya lo supongo. Pero al ver el grave rostro del joven: —La pura, ¿qué?

—Tendría una libra por barba. El resto irá a los colonos.

—Entonces, ¿no vas a repartírselo? — viendo su negativa, explotó: —Es nuestro dinero; nosotros lo atrapamos. ¿no es eso?

—Ya sabes lo que te dije.

—Bueno, pero es que... yo... —forzó, reuniéndose con el resto de los jinetes. A una pregunta de Saco, contestó: —Pues dijo, lo que dijo; eso es, lo que dijo.

—Bueno, no hay necesidad de enfadarse, Blackie — apaciguó Bob. —Saco no ha hecho sino preguntarte algo.

—Cien libras por barba — comentó meditabundo el Catarroso. —Eso es mucho dinero.

—¡Bah! ¡A este paso no lo tendremos nunca!

—¿Que no lo tendremos nunca? —repitió Saco, viendo visiones.

—A ver qué se discute por aquí — amonestó Bertie, sintiéndose leal.

—Bueno, el sabrá lo que piensa hacer — terminó Blackie, como iluminado. —Lo que creo seguro es que irá a devolver el dinero a los colonos. Quedará bien con ellos y en plan de amigos... y cuando venga el barullo grande... Bueno, eso es lo que pensará hacer. Seguro que es eso lo que persigue.

Por lo menos una parte de la afirmación de Blackie se vio cumplida. Al día siguiente, Bailey se levantó y encontró sobre la mesa de su casa una bolsa que contenía trescientas treinta y cuatro libras. Así fue sabedor de que Miguel, no sólo había libertado a sus hombres, pero también que sabía cumplir su palabra y que era honrado a carta cabal.

La primera hazaña

El Gobernador escuchó la información de los sucesos ocurridos durante e inmediatamente después de la fuga de Miguel y de sus hombres, con una mueca que demostraba bien claramente su incredulidad. Al terminar el relato, se puso en pie.

—Ridículo... una perfecta y ridícula tontería. Esas cosas sólo han ocurrido en el pasado. Es increíble.

—Pues, Excelencia, es la verdad — aseguró Hamilton, su secretario. —Durante estos últimos días nos han llegado noticias de que esa banda de reclusos evadidos ha estado haciendo salvajadas en valle Malopi.

—Valle Malopi, ¿eh? La región

de Arnold Trist. Mándale una carta por correo urgente. Es el único capaz de darme una información exacta. — Miró pensativo los tejados de la ciudad.

— Bien, señor.

Al contrario que el Gobernador, Blackie estaba airado por su forzada inacción. El lugar escogido por Miguel y sus hombres para asentar sus reales era un estrecha cañada, formada por unos muros rocosos de relativa altura, desprovista de vegetación, que iba a desembocar perpendicularmente a una breve llanura, limitada a su vez por otra pared de peñascales, y en la cual brotaba un manantial, que daba vida a algunos árboles. Una cabaña adosada a uno de los lados de la primera cañada, permitía refugiarse a los evadidos y a la par vigilar todos los contornos. Su madriguera estaba situada en un terreno abrupto y de difícil acceso, aunque no muy apartado de las casas de los colonos.

Miguel, con su sagacidad privativa, había apostado de vigia al Catarreo en la cima del muro rocoso. El tiseo les tenía que avisar la aparición de las señales convenidas con sus aliados; los caballos, ensillados y dispuestos a partir, les llevarían en un segundo al lugar atacado por Trist y lo demás sería coser y cantar.

Como ya hemos dicho, Blackie no lograba soportar apaciblemente el freno puesto a su afán de pelea y de botín. Se paseaba agitado ante Miguel sentando en una roca y brufiando su revólver, y protestaba:

— ¡Es que vamos a estar siempre dando vueltas como hasta ahora? Ya estoy harto.

— Yo también — confirmó Bertie, como un eco.

— No metas las narices en donde no te llaman — gritó Blackie a su sombra. Únicamente él podía discutir a Miguel. — ¿Qué es lo que te pasa? ¿Has estado leyendo cuentos de hadas? — El tal Bailey a la menor señal de pelea nos avisará encendiendo una hoguera. ¿Qué clase de negocio estúpido es este? Ya estoy harto.

— Eso ya lo dije antes — se burló Miguel, al que divertían sus impetus.

— ¿Sí? Pues lo repito. Como no entremos pronto en acción yo... yo voy a... — balbuceó sofocado por la ira.

— ¿Tú vas a qué?

— Bueno, yo... — titubeó impotente ante su fiema. — ¿Qué es esto de estarnos aquí sin hacer nada?

— Tendremos demastado quehacer cuando llegue la hora.

— ¡Ya! Demastado quehacer cuando llegue la hora... demasiado quehacer cuando llegue la hora. ¡Bah! — desprecó, y dando un manotazo a Bertie lo arrojó a dos metros del banco en que estaba sentado, ocupándolo él.

Mas no faltaba mucho para que los deseos de Blackie se vieran cumplidos. Trist había decidido empezar su acción expoliadora. Llamó a sus capataces. Ahora sabrían Furia y los colonos cuánto le espantaban.

— Ayer fué el último día del plazo concedido a los colonos para que se fueran. Ni uno solo lo ha hecho aún. Pero lo harán, ya lo creo que lo harán. Les daremos una sesión de fuegos artificiales, comenzando por el señor Bailey — concluyó, haciendo un ademán significativo a Mergon, que le contemplaba con avidez.

— Gracias, señor — contestó el capataz con una terrible sonrisa. Cabalgó con sus satélites por los

caminos con la velocidad del rayo. La casa de Bailey estaba situada en una explanada y las numerosas construcciones rodeadas por un cercado de troncos de árboles. La saltaron y descabalgaron en el centro del recinto. No tuvo necesidad de indicar a sus hombres lo que tenían que hacer. Cada cual escogió la tarea que más le gustaba y así les dejó Mergon, demostrando las pocilgas, quebrantando los corrales, asolando el huerto, ahuyentando a las gallinas...

Mergon, Stoney, su hombre de confianza, y otro guarda, empujaron la puerta de la casa de Bailey y se personaron en el interior. La familia Bailey se disponía a desayunar. Tess, una bonita muchacha rubia, ayudaba a la corpulenta señora Bailey a poner la mesa; Dan, su hijo, echaba leña al hogar, mientras su padre daba la última chupada a la primera pipa matinal. La súbita irrupción y las armas ominosas les helaron la sangre. Mergon hizo un ademán significativo a sus dos compañeros. Uno de ellos se quedó en la puerta.

—Ya os lo advertí con tiempo, ahora mismo os largáis.

—Este es nuestro hogar — exclamó Bailey, asustado por su sinistra catadura.

—¿Sí? — dijo Mergon echándose a reír. — Lo era. Comprueba si esa alacena es de verdad. Stoney.

Este fue el mueble indicado. Le golpeó con la culata de su rifle, concluyendo por arrojarlo al suelo. Los cacharros que contenía, difícilmente adquiridos y transportados, se hicieron añicos. Los ojos de la señora Bailey se llenaron de lágrimas; su esposo acuciaba su ingenio para poder salir al exterior y hacer la señal convenida. Stoney avanzó, luego, hacia la ue-

sa y asió el mantel, pero se detuvo titubeante. El olor de los manjares conmovió su estómago, ya que no su corazón.

—Vamos, tira eso — ordenó Mergon, al ver sus dudas.

—Ya, pero, ¿qué hacemos con tanta comida? Huele bien.

—¿Sí? Tengo una idea. Probaremos tu té, Bailey, pero date prisa.

—Sirve el té, madre. Voy a buscar una botella de ron.

Los desalmados le dejaron salir sin tropiezos. Se sentaron a la mesa y aguardaron a ser servidos, animando a la señora Bailey con chacotas y denuestos. Deny alargó su mano hacia el rifle suspendido sobre la ventana, pero Stoney advirtió su maquinación y le golpeó en la mandíbula. El chiquillo cayó exánime, sin lanzar un quejido. Su hermana se arrodilló junto a él llorando y poniendo su cabeza sobre las rodillas.

Bailey agitó una pieza de ropa blanca en la parte trasera de la casa. El brillo de la alba tela, más que la tela misma, fue vista por el colono situado en la cumbre de una colina que dominaba los contornos. Saltó y con una tea prendió fuego al montón de ramas verdes que crepitaron y ardieron humeando mucho. La columna de humo subió recta en la atmósfera tranquila de la mañana, siendo percibida por las penetrantes pupilas de Bob, que había sustituido al Catarroso en su puesto.

—¡La señal, la señal! — anunció bajando de su apostadero.

—Eso es lo que estaba esperando. Lo que estaba esperando — cantó Blackie, poniéndose el sombrero de un manotazo y bailando de alegría.

—A los caballos, muchachos —

avisó Miguel. —Algunos que se encarguen de los fusiles.

No se hicieron repetir dos veces la orden. Miguel suplicó al Catarroso que se quedara, pero el enfermo se negó en rotundo y partió como una exhalación. Los corceles galoparon hasta la colina en donde ardía la hoguera y el colono les informó que el lugar atacado era la casa de los Bailey. Picaron de espuelas y como un torbellino aparecieron en el paraje indicado. Saltaron la cerca y antes de que los guardas se pudiesen sobre aviso, los hombres de Miguel habían desmontado y corrian a apresarlos.

El Catarroso fué el primero en empujar con el cañón de su revólver al guarda que devastaba el corral de las gallinas, conduciéndole hacia la casa. Miguel y los demás corrieron hacia el hogar de Bailey, poniendo de cara a la pared a los taladores que encontraron a su paso. Pronto no quedó en libertad sino el encargado de espantar las vacas y de derribar su cobertizo. Miguel hizo un guiño a Blackie, que no necesitó más para entender lo que deseaba decir.

Se acercó de puntillas al desculdado individuo y, sin preocuparse de hacerle dar la cara, su puño cayó como la maza de un carnicero sobre su nuca. Poco después arrastraba al inerte guarda hacia sus amigos.

—Me parece que no se encuentra bien —dijo, soltándole a los pies de Furia.

Este le aprobó con una sonrisa. Blackie era estupendo como lugarteniente. Se podía confiar en él siempre y cuando no hubiera dinero de por medio.

—Vamos, alinearlos contra el cobertizo —mandó—. De ahora en adelante pagaréis todo el daño que

hagáis. No hay duda que el señor Trust estará encantado de reembolsaros tales gastos. De modo que abriremos suscripción.

—Hombre, has tenido una gran idea —aseguró Blackie arrebatando el reloj a uno de sus presos. —Pónmelo tú mismo en la palma de la mano. ¡Vamos!

—Si te da lo mismo, Blackie, nombraremos a Bob cajero de la colecta.

—Capitán Furia, si das a entender con lo que has dicho que soy capaz de hacer una cosa así... —se arrepintió y se cuadró: —Bien, bien.

—Bien, Blackie. Cuida que lo pongan todo como estaba Bob, Catarroso, venid.

Blackie, satisfecho de su papel, hizo espabilar a los guardianes. Los tres amigos avanzaron hacia la puerta de la casa, pero no llegaron a ella. La señora Bailey salía impetrando la piedad del duro corazón de Mergon, sin hacer caso de los consuelos que le prestaba su esposo. Furia encadenó al capataz.

—Manos arriba, amigo.

—¿Qué es esto? —exclamó Mergon, obediéndole, como si el cielo se desplomara sobre él. El espectáculo que se le ofreció hizo rechinar sus dientes.

—Una sorpresa poco agradable —apuntó cortésmente Miguel.

—¡Oh, Capitán Furia, van a quemar nuestra casa! —lloró la señora Bailey, refugiándose en sus brazos.

—Nada de eso —la tranquilizó, dándole unas palmaditas en el hombro. —Catarroso, ¿no crees que podrías encontrar para el señor algún trabajo provechoso?

—Creo que he encontrado algo que le irá al pelo, Miguel. ¡Vamos!

Bob y Miguel entraron en la casa. Stoncy y su colega habían he-

cho un montón con los muebles del comedor y se aprestaban a quemarlos con el fuego del hogar. Bailey se alejó al ver a Miguel y a Bob. Su movimiento fué seguido por Stoney. Echó la mano a la pistola, pero fué más rápido Bob y su revólver escupió fuego y plomo, arrancándole el arma de la mano.

—¡Tenga cuidado, amigo! — comentó, como si estuviera en una recepción.

Miguel se puso a conversar con Bailey, dejando a Bob el cuidado de la reposición de los muebles. El muchacho apoyó sus revólveres en las caderas. Estaba en la gloria y, por si fuera poco, de un rincón brotó Tess. Un pinchazo atravesó el sensible corazón de Bob. La joven le miraba maravillada.

—Vale a dejar todo como estaba y a plena satisfacción de esta joven señorita. ¡Vamos, empiecen! — Siendo obedecido, dijo, sin apartar la vista de los guardas: —Mi nombre es Bob. Bob Terrington.

—El mío es Bailey. Tess Bailey — respondió, avergonzada de sus miradas.

—¡Tess! Vaya, yo tuve una novia que se llamaba Tess—. Se enfermó, notando la tristeza que sus palabras la producían. —Bueno, quiero decir... conocí a alguien que también se llamaba Tess.

Catarroso no tuvo que pensar mucho para encontrar un trabajo desagradable que humillara a Mergon. Le llevó a las pocilgas y le ordenó que las restaurara. Había desarmado al capataz y podía saborear a sus anchas la belleza del día, que se apoderaba de su alma sensible con tanto mayor encanto cuanto sabía que su fin no estaba lejano. Era un poeta innato.

—¡Qué bonitas son aquellas nubes!

—¿Qué es lo que tienen? — gruñó Mergon, de rodillas sobre la porquería.

—¿Que qué tienen de bonitas? Necesitas estar todavía más encenagado de lo que estás para apreciarlas en lo que valen—. Le empujó, haciéndolo caer de bruces sobre el lodo. —Contéplalas. Deben ser preciosas desde ahí.

Cuando Bailey y Miguel salieron de la casa, el arreglo ya había concluido. Suco y Bertie dominaban a los guardas. Blackie se cuadró ante Miguel con la seriedad y el entusiasmo del que ha vencido en toda la línea, gracias a sus propios méritos. Así sabía Miguel su verdadero valor.

—Todos han hecho un trabajo de primera, Capitán Furia. La empallizada está en pie y las berzas plantadas de nuevo—. Lanzó una mirada circular. —El Catarroso está haciendo primores en... en las porquerizas. Las vacas han sido devueltas al establo, el abreva-dero puesto como estaba y el... bueno, todo ha quedado muy bien. Las gallinas, el granero. Si se lo llega a dejar todo a... — se interrumpió al comprender que estaba hablando solo.

Miguel había dejado con la palabra en la boca a su lugarteniente, pues que en la cerca había visto la gentil figura de Jeannette. La muchacha estaba asombrada y turbada. Miguel tuvo el impulso de hacerla pagar su humillación anterior humillándola a su vez.

—Parece que esos malvados trabajan con ganas y espero que a su satisfacción.

—Capitán Furia — aseguró con los ojos chispeantes — sus hombres son maravillosos.

—Si mis hombres no están mal, pero... supongo que no me inclinaré en la lisonja.

—Usted también lo es. Rectifico la opinión que tenía de usted.

—¿Qué opinión era esa? —Insistió Miguel, simulando no comprenderla.

—Pues... creía que lo que perseguía no era ayudar a los colonos.

Los gritos de Blackie y de Bob, al congregarse a sus presas, disiparon en parte la maravillosa emoción que empezaba a dominarlos. Cuando Blackie logró tener a su vista a Mergon y sus satélites, se aproximó a Furia.

—¿Qué hacemos con ellos, Miguel? —el Catarroso les llevó a Mergon choreante de sujeción.

—Pero, ¡si es Mergon, el jefe supremo!

—Es verdad... —burlóse Miguel. —Mergon, coge a tus hombres y lárgate, pero no olvides que no seremos tan buenos la próxima vez.

—Ya cambiarán las cosas, Furia. Uno de estos días te colgarán por todo esto.

La irónica respuesta de Miguel le persiguió como una maldición a su regreso a la hacienda de Trist. Jeannette se estremeció al oír su amenaza y miró apurada a madre Bailey, que borró su preocupación con su alegría y admiración. Era una honrada mujer que conocía lo dura que puede ser la vida y que sabía reconocer los favores como un don del cielo.

—Capitán Furia —dijo y se lo agradeció el ayudado de una manera entrañable— fué un día feliz para este valle aquél en que os encargásteis de ayudarnos. Os daría un beso en pago de lo que habéis hecho. ¿Y vos no, querido?

—Pues, claro —, Furia besó a la rechoncha mujer con amor filial.

—Quisiera recompensaros de algún modo, caballeros —carraspeó Bailey y a Blackie se le encendió la mirada. —Ya sé... Os invito a

un trago en la cantina de la carretera.

El entusiasmo de Blackie vaciló unos segundos. Sus manos le habían picado de ambición al oír las palabras del colono. Sin embargo, se repuso inmediatamente y aceptó encantado:

—Es justamente lo que yo deseaba. No he remojado el gaznate desde que me enchiqueraron hace cuatro años. Habéis tenido la gran idea, señor. ¿Podemos ir a divertirnos, jefe?

—Bueno, pero no volváis tarde —concedió Miguel. El deseaba tener una charla con Jeannette.

—Andando, muchachos. Vamos por los caballos —dijo Blackie a sus amigos, que daban grandes muestras de júbilo. No obstante, Bob eludió la invitación. Graves asuntos sentimentales le retenían junto a Tess.

En menos tiempo del que se tarda en contarlos, Bailey y sus aliados se presentaron en la espaciosa cantina que se elevaba al borde de la carretera, la cual se introducía en el interior del país. Llevaron los caballos a la parte trasera del edificio, para que no fuesen vistos de nadie y no llamaran la atención.

—Tengo la boca más seca que un desierto —aseguró Blackie, chasqueando la lengua contra el paladar.

—Es necesario que haya silencio —recomendó Bailey, abriendo la puerta de entrada.

Todos aseguraron que lo guardarían, aunque el colono pocas esperanzas tuviera de ello. Los muchachos de Miguel estaban tan excitados como niños que inesperadamente obtienen un día de fiesta. Golpeó la puerta del pasillo tres veces. Abrió el cantinero una mirilla y reconoció a Bailey.

—¿Podemos echar unas copas en la trastienda?

—Claro que sí — pero se enmendó. —¿Quiénes son estos hombres? ¿Se puede saber?

—Son amigos míos.

—¡Hum! Lo encuentro algo raro — exclamó, abriendo la puerta de la trastienda y estudiando las aplastadas facciones de Blackie con recelo. —Tengo permiso para servir a los colonos de por aquí, pero no a los compinches.

La enorme mano de Blackie le asió por el delantal y le sacudió como si fuera una pluma. Al cantinero le castañearon los dientes, entre la aprobación de los amigos del coloso.

—Oye, has de saber que somos lo mejor de todo el contorno, que nos vas a servir aquello que te pidamos y que si dices esta boca es mía te haremos picadillo y se lo echaremos a los cuervos. Con que seis jarros de cerveza y aprisita.

—Sí, señor. Seis jarros de cerveza. En seguida, señor.

El brazo de Blackie le disparó hacia la salida. Cerrada la puerta, los hombres de Miguel se pusieron a cantar una canción de presos, haciendo resonar alegremente las paredes de la cantina. Su júbilo aumentó al presentarse, portadora de las bebidas, Mabel, la sobrina del cantinero. Muchacha ligera de cascos y de buen ver, inmediatamente cautivó los corazones hambrientos de cariño de los evadidos, que la rodearon.

—Tengo algo que decirte — aseguró el Catarroso, sin hacer caso de los empujones de Blackie.

—¡Oh! Mira qué mosca tan graciosa lleva ésta —. Rióse Mabel, burlándose de su perilla.

Bertie, Sueo, Catarroso, Blackie y Mabel charlaban al mismo tiempo. El gigante, en vista de que su

vigorosa voz no obtenía la primacía y no estando decidido a soportar su postergación, se encaminó a la puerta y simuló que entraba desolado.

—Muchachos, están al llegar cincuenta hombres de Trist. Escondedlos.

En un abrir y cerrar de ojos, los hombres abandonaron Mabel y buscaron un escondite que los ocultara y que les sirviera de parapeto en caso de apuro. Retumbó la risa de Blackie y se sentó en un taburete junto a la muchacha, pasándole el brazo por la cintura.

—Muy bien, pequeña: no te asustes. Me sentaré contigo y charlaremos un rato. Tienes unos ojos la mar de bonitos, pequeña... y la blancura de tu piel tiene toda la pureza de la nieve. Eres la muchacha más linda que he visto. Debes estar satisfecha de conocermos. Soy un gran hombre y dentro de poco todo el mundo hablará de mí. ¿Y un beso, qué tal iría ahora?

La mano de la muchacha frenó, con una bofetada, el galanteo de Blackie, pero el Catarroso vió que la tenía fascinada. Se rió del método usado por su amigo para cortejarla, en el que la poesía y la rudeza se mezclaban en proporciones explosivas. Tendía que enterar a Miguel de que no era él sólo el poeta. Blackie casi le vencía con sus similes y era lo harto astuto para convencer y seducir a las muchachas, a pesar de su cara achataada de págil.

Junto al arroyo

Miguel, cuando sus hombres hubieron desaparecido en dirección de la cantina, preguntó a Jeannette si podía acompañarla un rato en dirección de su casa, proposi-



— No me he dejado azotar jamás.
— Decid a vuestros hombres que retrocedan.



— El amo aquí soy yo. A quien se le ocurra hacer el gallito delante
de mí... le aplastaré rápidamente.



— He toda una obra de arte.



— Espero. Son más de los que puede dominar con un rifle.



— Yo no he dicho eso.
— Pero lo dije a entender.



— Suelta esa pistola o te dejo seco.



— Envíenle en una de las celdas. Lo tendremos aquí hasta que
hayamos capturado al Capitán Faria.



— ¡Toma, por ultrajante!

ción que la joven aceptó encantada. Rechazaron la invitación de la señora Bailey para que entraran unos momentos en su hogar y siguiendo el ejemplo de Bob y de Tess se internaron en el bosque.

Contra lo que esperaba Miguel, su pareja no estaba cohibida. Parecía estar alegre por haber tenido que cambiar de criterio sobre él y con espontaneidad respondía a sus frases. Ya estaba seguro de no ser rechazado jamás. El alma romántica de Jeannette veía en Furia el modelo del hombre soñado.

De tal forma llegaron a una pequeña cascada, relativamente apartada de la casa de Dupré. El lugar era muy bello. Y como de común acuerdo ambos jóvenes tomaron asiento en unas piedras. El día pintaba sus últimos colores en las hojas de los árboles; no faltaba mucho para que la luna y las estrellas que ya apuntaban en el cielo, brillaran con todo el esplendor. En el instante augusto de la puesta del sol, callaron las palabras que tenían en la garganta y saborearon la serenidad del ocaso del sol.

Jeannette levantó su adorable rostro hacia Miguel, sentado a su derecha, y le preguntó su nombre.

—Pues este nombre es Miguel.

—Ahora se llama Miguel—repitió la muchacha, conviniendo que el nombre era adecuado al marmallo del agua.—Me gusta el nombre de Miguel. El mío es Jeannette.

Su naturalidad seducía a su compañero. Había tenido que llegar a Australia para encontrar la mujer que ansiaba su corazón. Agradecía al destino todas las pruebas que le había infringido, dándolas por bien empleadas para encontrar aquel tesoro de sencillez y de ingenuidad arrebatadora.

—Jeannette...—murmuró ensimismado—es un hermoso nombre.

—¿De qué le gustaría hablar?—dijo la joven, estimando tímidos su silencio.

Miguel hizo un amplio ademán. La voz argentina de la joven, que tan equilibradamente armonizaba con la serenidad del lugar, le llegaba a cuanto le rodeaba.

—¡Oh!... de la luna, del cielo, de las estrellas, de arroyos murmuradores.—Diose una palmada en la mejilla.—De mosquitos impertinentes. ¿Y a usted, de qué le gustaría hablar?

—No lo sé, yo, la verdad...—replicó vacilante. Bien lo sabía. Quería desentrañar el misterio de la vida del hombre que abarcaba su rubia cabeza hacia el cielo, más no se atrevía a proponerlo.

—Pues hablemos de usted—propuso Miguel, mirándola a los ojos.—¿Qué le parece?

—¡Oh, no!... yo no quería...

Demasiado cierto era que lo deseaba. Miguel simuló no comprenderlo y volvió a contemplar la luna que empezaba a matizar de plata las cosas.

—Entonces, ¿volvemos a hablar de la luna?—En vista de que no se oponía, cruzó sus manos sobre sus rodillas y dijo:—Muy bien, hablemos de la luna. Mírela allá arriba. ¿Sabéis lo que el Catarroso dice de ella?

—¿Catarroso?—preguntó, sorprendida por el extraño mote.

—Un muchacho que lleva la muerte en su corazón—explicó Miguel con melancolía.—Dice que ella es la bondad de todo este mundo. Una fuente de hilos de plata, que, con el simple acto de mirarla, se apodera para siempre de uno con sus hilos.

Calló, extrañamente conmovido. Su faz se había puesto grave y su mirada miraba sin ver. Jeannette recorrió con sus ojos su hermético perfil y dijo:

—Usted debe ser muy serio. ¿no es así?

—Pero, de quién estamos hablando... ¿de la luna o de mí?

—La gente de este valle ruega por usted, Miguel.

—Haré todo lo que pueda—prometió Miguel, sorprendido de la súplica de su acento, súplica que más ansiaba su rehabilitación que la solución del conflicto de los colonos.

—Ya sé que lo hará. Usted es de los que hace lo que dice. —Posó su pequeña mano sobre la diestra de Miguel, que se estremeció a su contacto. —Estoy contenta de haberle conocido, Miguel.

Antes de que el joven pudiera replicar adecuadamente a la afirmación y al roce de la caricia, se conmovieron los arbustos cercanos al arroyo y una oscura sombra se dirigió hacia ellos. La voz que gritó, les obligó a ponerse en pie. Era Dupré.

—¡Jeannette! —exclamó con dureza.

—¡Padre! —rogó la muchacha, temiendo un desafuero y tendiéndole sus manos.

—Vuelve a casa y de rodillas implora tu perdón.

—Por favor, padre...

—Haz lo que te he dicho. —Al ser obedecido, se encará con Miguel que le observaba con el rostro inescrutable. —No satisfecho con corromper a los buenos colonos de esta región, intenta destruir la sanidad de mi hogar. Váyase de aquí y no vuelva.

Si no hubiera sido por el dolor y la vergüenza que había descu-

bierto en la cara de Jeannette, el joven se hubiera reído al escuchar aquellas palabras. Aseguraban que Dupré era puritano, pero, más bien parecía un ser que estuviera resentido por alguna causa con todos sus semejantes.

—Pero, señor Dupré, no hago nada malo.

—¿Nada malo? Es usted un recluso evadido y una desgracia para esta vecindad. Márchese y no se acerque ni a mí ni a los míos.

—Como quiera—contestó Miguel a su gesto imperativo de despedida. Acaso la razón le asistiera. De tal manera podría evitar un dolor a su hija, ya que él jugaba una partida de vida o muerte a cara y cruz.

Traspasó el arroyo y velozmente corrió hacia la casa de los Bailey en busca de su caballo. No le tenía menos preocupado que las palabras anatematizadoras del puritano, el prolongado apartamiento habido entre él y sus hombres.

Acción, acción, acción

En una cosa, en cierta manera, fracasaron las apreciaciones del Capitán Furia. Y, tal vez, inducido por su seguridad en sus valimientos cometió su primero y último descuido, que estuvo en un trío de dar al traste no sólo con sus planes, sino con la vida de sus hombres. Al día siguiente de los sucesos narrados, se levantó muy pensativo y para disipar la sombría impresión producida por el fin de sus relaciones con Jeannette, montó en su caballo y se fué a recorrer las colinas.

Como si Trist hubiera conocido el relativo desamparo en que quedaban los amigos de Miguel y los

colonos, con aquella acción, quiso reemprender su ofensiva expoliadora inmediatamente, en lugar de esperar, como suponía Furia, a que por el transcurso de los días los ánimos estuvieran más calmados y más descuidadas las cautelas. Teniendo que herir en el lugar más doloroso, envió a Preston, Mergon y sus guardas contra la casa de Dupré. Pero aleccionado por su derrota anterior, tomó en aquella ocasión la precaución de llevar a buena parte de los reclusos para que efectuaran la asoladora tarea, mientras que sus esbirros podrían vigilar atentamente los conornos.

Pocos minutos hacía que Miguel galopaba por las soleadas colinas, cuando los secuaces de Trist se presentaron, inesperados, como un chubasco en medio en las dependencias de la hacienda del puritano. Dupré, al ver el alud que se le venía encima, corrió hacia su casa en busca de un arma, pero Mergon le atrapó y lo condujo a Preston.

—Dos de vosotros coged a Dupré—ordenó el jefe de los capataces—y encerradle en aquella cuadra.

—Esta bien—contestó uno de los guardas. La casa estaba en un extremo del ala formada por las construcciones de la granja.

—Mergon, ordene a sus hombres que trabajen aprisa—siguió diciéndolo Preston, descabalgando.

—Descuide usted.

—No hay que dejar lítere con cabeza.

Mergon repartió a los presos, señalándoles las diversas tareas que tenían que hacer. Pasaron la cerca y los guardianes los condujeron hacia los corrales, los establos, el granero, las cuadras, las porquerizas, etc. Mergon añadió que tenían que amontonar cuan-

tas maderas resultaran de la demolición en el centro del patio formado por las bardas, para encender una hoguera que se pudiera ver desde Sidney.

—Bien—aprobó Preston, ante la energía de su subordinado.

—Dos de vosotros echad esa valla abajo. Entrad dentro los demás.

Los guardas y los reclusos le obedecieron y se dirigieron hacia el edificio principal. El plan de Preston y de Mergon era dejar trabajando solos, aparentemente a los presos, mientras que ellos, apostados en la casa o en otras construcciones con sus hombres, esperarían emboscados la llegada de Miguel.

—¿Cómo está usted, señorita Dupré?—saludó Preston, al ver aparecer en la habitación en que actuaban los presos a la joven.

—¿Qué significa este atropello?

Preston se sentía galante aquella mañana. Siguiendo la escuela de Trist, decía que era posible dar latigazos y besos al mismo tiempo. Se descubrió e hizo una reverencia.

—Le presento mis excusas. Usted no recibirá daño alguno. Estamos simplemente cumpliendo órdenes—se excusó, y volviéndose a los guardas los fue colocando detrás de los muebles y junto a las ventanas de la casa—. Ahí... Tú, aquí. Tú a ese lado vigila con cien ojos.

Jeannette no reparó que todos aquellos preparativos conducían a la perdición de Miguel. Sólo tenía la idea de hacer la señal conasabida. Fue hasta la mesa que aún estaba cubierta de los restos y utensilios del desayuno y empezó a arreglarla. Así tendría la oportunidad de salir con el mantel.

—Lo siento de veras, señorita

Dupré — se lamentó Preston, terminada su labor, y tomando astento — Espero que no me echará a mí la culpa. Después de todo puede que usted necesite un amigo y he pensado que acaso... ¿Dónde va?

Esta pregunta fue debida al movimiento efectuado por la joven hacia la parte trasera de la casa con el mantel en las manos. Preston saltó en su dirección y la sujetó por un brazo. Se esforzó por borrar la sospecha de su faz y continuar hablando con el tono empleado hacia unos momentos. Jeannette tembló. ¡Estaba descubierta!

—Pues... iba a sacudir estas migajas.

—Yo lo haré por usted — ofreció cortésmente Preston.

Jeannette se rió para sus adentros. El mismo satélite de Trist iba a dar la señal de su perdición. Era demasiado gracioso para soportarlo. Aunque ella no sabía cuán enterada estaba Preston del significado del mantel.

El lugarteniente de Trist salió, por tanto, por la puerta trasera de la casa y sacudió en un lugar iluminado por el sol el mantel repetidas veces. Luego regresó al interior y con una inclinación dijo haber cumplido lo que le encargara Jeannette.

El colono de la colina saltó de la cumbre y bajó con paso acelerado hacia la pila de leña. Poco más tarde chasqueaba la llama y una enorme columna de humo ocultaba parcialmente la redonda faz del sol.

Bob percibíala y con un salto prodigioso bajó del muro roqueño y entró en la cabaña en donde sus amigos estaban jugando a los naipes. Lanzó una mirada circular y

sintió una rara congoja al no descubrir a Miguel.

—¡La señal! ¡La señal! ¿Dónde está Furia?

Se pusieron todos en pie y se interrogaron con las pupilas llenas de ansiedad. Blackie dió un tremendo puñetazo sobre la mesa. El asunto se presentaba mal.

—Abajo en el vallé.

—¿Y qué vamos a hacer? — exclamó Suco, temblando como un azogado. Era incapaz de dar un solo paso sin Miguel, que para él era indestructible e invencible como un talismán.

Su perplejidad no duró mucho. Blackie se abrochó la pistolera con determinación. ¿No le había honrado varias veces Furia designándole tícitamente como a su segundo? Pues ahora demostraría que no había errado.

—¿Qué vamos a hacer? Ahora mando yo. A caballo, muchachos.

El aviso dado por los colonos denotaba urgencia y ni el prudente Catarroso reparó en que la impetuosidad de Blackie les podía meter en un mal paso. Al fin y al cabo todos deseaban probar a Miguel que eran merecedores de su confianza.

Miguel percibió desde la lejanía en donde cabalgaba la columna de humo sobre las colinas verdeantes de árboles. Tuvo un mal presentimiento. Hizo girar la grupa a su caballo y picó de espuelas, haciéndole volar el abrupto terreno y ajustando a las manadas de kanguros. Su mente trabajaba con rapidez. Era inútil que se dirigiera a su guarida. Sus amigos, sin duda, ya habrían respondido a la señal. Le restaba, por consiguiente, encaminarse por la línea más corta a la cabaña más próxima para ser informado de quién era el atacado, una vez conocedor de

esto, se presentaría con toda clase de precauciones en el sitio del desmán. Y mucho sería si la catástrofe no había sido aumentada por... Mejor era no pensarlo.

Preston, mientras tanto, dedicaba sus encantos personales a la tarea de consolar a Jeannette. Le gustaba la chiquilla, aunque sólo fuera para pasar el rato hasta la captura de Miguel. Con la más amable sonrisa que halló en su espíritu, pasó el brazo por el talle de la joven.

—Esto podrá resarcirla de...

Afortunadamente para Jeannette que, sabiéndose indefensa, ya desesperaba de su salvación, uno de los guardianes colocados en las ventanas de la fachada delantera de la casa, lanzó una exclamación:

—Jefe, ya vienen —dijo, apuntando el cristal con un grueso dedo.

Preston comprobó que su hombre no se había equivocado. Los hombres de Miguel desmontaban junto a la valla y corrían hacia la casa con un descuido que le hizo sonreír. Lo único desagradable fue notar que el caballo blanco de Furia faltaba en el número de los recién llegados.

Jeannette comprendió la amenaza de Preston. No le había sido posible atisbar por la ventana y un pánico espantoso de que Miguel se encontrara perdido, el recuerdo de la amenaza de Mergon en la finca de los Bailey, se sumaron al pavor que soportaba desde la irrupción de los satélites de Trist.

—¡Miguel! —gritó, queriéndole poner sobre aviso.

Preston, hecho un basilisco, la cogió por el brazo y la tapó la boca.

—¡Cállese!

Blackie estaba en la gloria. Ni siquiera se preocupó de sacar su

revólver al encaminarse a sorprender a Mergon, el cual, fingiendo no advertir su presencia, estaba cerca de la casa dando órdenes. La mano del coloso le asió por un hombro y le apretó hasta hacerle gemir.

Otra vez gastando bromitas, ¿eh? —dijo Blackie.

Fue maravilloso que Mergon no se asustara ni de él, ni de las armas de sus compañeros. Antes, al contrario, pasando de acusado a acusador, preguntó:

—¿Dónde está Furia?

—No necesitamos a Furia para encargarnos de tipos como tú —replicó Blackie lleno de orgullo—. Dame ese rifle.

Y cuando iba a apoderarse de la carabina, se abrió la puerta de la casa de par en par y antes de que tuvieran tiempo de apercebirse, se vieron rodeados de guardas. La realidad pintada en sus rostros y en la dureza de sus manos, que sostenían con la seguridad de estatuas sus armas de fuego, fue suficiente para quitarles todo deseo de resistencia.

—¡Tiren las pistolas! ¡Tiren las pistolas! ¡Arriba las manos!

Obedecieron sin decir una palabra. Preston surgió del hogar de Dupré e inspeccionó a los apresados. Como ya había supuesto, Furia no estaba entre ellos. Señaló la cuadra en donde estaba encerrado el puritano:

—Está bien; metedlos dentro.

Los guardas hicieron adelantarse a los hombres de Furia y los iban cacheando a medida que iban pasando a la cuadra. Blackie estaba tan desazonado que ni protestó.

Preston atendía a que no quedara el menor indicio de su captura. Trist podía estar satisfecho de él. Era la eficiencia en persona.

—Llévense esos caballos de aquí y volved a vuestros puestos, muchachos. Furia vendrá de un momento a otro. Que estén dos hombres con ellos para que nadie hable.

Dos guardas penetraron en la cuadra, cerrando la puerta tras de ellos. Sus ojos no se apartaban de los apresados. Arma en brazo estaban preparados a esperar en aquella situación cuanto se les diese, no en vano estaban habituados a guardar reclusos. Dupré, pasado unos instantes desde la inesperada aparición de Blackie y los demás, salió de su atonía y se dirigió hacia la puerta.

—Esta bien; tú, adentro —ordenó un guarda, empujándole hacia la paja en donde cayó de rodillas.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está mi hija? ¿Qué ha pasado? —indagó del Catarroso, que estaba sentado a su lado, manteniendo su cara entre las manos.

—¡Bah! ¡Callate! —gritó brutalmente el guarda.

—Yo mando aquí ahora. A caballo, muchachos —remedó con amargura el Catarroso, avergonzando a Blackie, el cual hubiera dado su mano derecha por borrar el desastre.

Miguel, debidamente informado, cambió el galope de su caballo y alcanzó la cima de la colina, a cuyo pie se levantaba la casa de Dupré. Estudió el ir y venir de los reclusos, completando el destruido. No había un guardián a la vista. Esta ausencia le advirtió de la emboscada. Harto conocía la costumbre de no dejar solos a los presos. Si no se evadían era porque se sabían espiados. Sin embargo, los capataces de Triat se arrepentirían de su confianza.

Marchó entre los arbustos, de forma que no fuera visible desde las ventanas, y llegó al final de la valla en la que trabajaba uno de sus antiguos compañeros de prisión. Lanzó una mirada precavida a su alrededor y luego alzó el hombre levantó una mano previniéndole y se acercó pausadamente. Furia murmuró unas palabras apresuradas en sus oídos.

Blackie permaneció atontado durante los diez minutos siguientes a su captura. Cuando recobró su lucidez de espíritu, no le empleó en reproches, sino en dar con el expediente que le libraría a él y a sus amigos de una muerte segura en la horca. Apoyó su espalda en la pared de madera del corral y un crujido fué la respuesta. Tocó a Bob con el codo, advirtiéndole de su descubrimiento. A continuación, afirmó sus pies en el suelo y apretó con todas sus enormes fuerzas el tabique hasta que las maderas empezaron a moverse, rechinando de una manera alarmante. El ruido llamó la atención del guarda, el cual, advirtiendo los manejos de Blackie, cogió una pala que había en un rincón y asestó un palazo a la cabeza del coloso, que cayó sin sentido.

Mergon continuaba dando apresuradas órdenes a los reclusos, cuando Miguel, disfrazado como éstos, pasó ante él llevando auestas una tabla. Dió la vuelta a las construcciones sin despertar las sospechas hasta que llegó a la puerta trasera de la casa de Dupré. Sacó su revólver y penetró en ella, haciendo soltar en silencio las armas a Preston.

—Vaya por la puerta trasera y mande que traigan a Blackie —mandó empujándole—. Que necesita interrogarle, andando.

—Flynn, trae aquí a Blackie.

Necesito interrogarle — gritó Preston con la boca del revólver de Miguel apoyado en su espalda.

— ¿A Blackie? — preguntó el guarda que estaba en la cuadra —. Sí, señor.

Miguel obligó a sentarse a Preston, y sin dejar de apuntarle se pegó junto a la pared junto a la entrada. Se presentó Flynn amenazando a Blackie con su rifle.

— Siéntese allí — exclamó secamente Miguel, acallando su exclamación y arrojando la pistola del guarda a su lugarteniente.

— ¡Capitán! — se asombró éste, cazando el arma al vuelo —. Bien, bien, bien.

— Hola, Blackie — saludó —. Cuida de ellos.

Blackie se guardó la pistola en el cinto y cogió el rifle. Habiéndose vuelto precavido con su experiencia anterior, se colocó en un rincón, lejos de la ventana, y arrastrando a Flynn a una silla próxima a él.

— Desenida, capitán.

Jeannette recobró el habla impedida por la inesperada y providencial aparición de Miguel. Corrió impulsivamente hacia él y tuvo que contener sus deseos de estrecharle entre sus brazos. Miguel agradeció con una sonrisa las palabras con que fue saludado.

— ¡Oh, Miguel, qué bueno es usted! — alabó, prorrumpiendo en sollozos.

El joven le acarició los cabellos, intentando dominar su excitación.

— No se preocupe. Hoy no les molestarán más. — Haciendo un ademán de advertencia a Blackie, salió al exterior, calándose el sombrero de recluso.

Cuando Blackie y Jeannette estuvieron solos con Preston y sus hombres, el primero buscó en torno suyo algo. Observó que la muchacha le miraba extrañada de su

acción y fingió una gran inocencia. En un anaquel había una garrafa vacía. La cogió, quitó el sombrero a Flynn y estrelló el utensilio contra su cabeza. Blackie siempre pagaba sus deudas. El guarda se desplomó inerte contra el respaldo de su silla.

Miguel no llamó la atención de Mergon que vigilaba los alrededores. Pasó nuevamente ante él y al tenerle de espaldas, dió un empujón a la puerta de la cuadra y su revólver golpeó la sien del único guardián que tenía Preston en aquel lugar. Posó un dedo sobre sus labios, reclamando silencio. Sus hombres se incorporaron y cogieron el fusil y la pistola del hombre y cuantos utensilios con probabilidades de ser convertidos en arma había en el recinto.

Guiados por Miguel se encaminaron a diversos lugares. El Capatzen pasó una hoz entre dos guardianes y la afilada herramienta se apoyó en su cuello. Bob dió un puñetazo a otro, y Suco y Bertie despojaron de sus armas a dos más. Todo esto ocurrió en menos tiempo del que se necesita para beber un vaso de agua. Miguel, viendo que sus amigos estaban perfectamente armados, avanzó hacia el descalzado Mergon.

— Muy bien, Mergon.

El capataz saltó como si hubiera pisado un aspín.

— ¡Furia!

Miguel notó que su nombre casi era simbólico, al juzgar por el asombro y la rabia de su detenido.

— Redne a tus hombres en el sitio señalado. No quiero hacerles daño. — Cuando se hubo cumplido su deseo, agregó para sus amigos: — Está bien, muchachos, Dadles trabajo.

Contempló unos instantes la alegría con que sus compañeros aco-

gían su sugerencia y regresó a la casa para prestar su apoyo a Blackie, a la vez que para que Preston tomara parte en la reconstrucción de lo destruido. En seguida advirtió que Blackie había hecho una de las auyas. Flynn continuaba aturrido.

—Y ahora, Blackie, llévate los de aquí.

—May bien, vamos. Salid de aquí. —Y como a Flynn le costaba ponerse en pie, lo levantó a pulso. —Esto no le sienta nada bien.

Blackie llevó a Preston hacia el pozo en que estaba el Catarroso sentado y vigilando a las guardianes, al paso que gozaba de la belleza del lugar. Al ver llegar a su amigo con aquella compañía, se levantó riendo.

—A trabajar, gándul — gritó Blackie.

—Un momento, un momento — suplicó Preston, eludiendo sus manos —. Tengo que hacerles una proposición, muchachos. Dejadme prepararos una entrevista con el señor Trist. Saldrán de ella con los bolsillos repletos de dinero.

Aquello oía a traición, y Blackie era noble. El Catarroso y él cambiaron una mirada.

—Quieres que nos entrevistemos con el señor Trist, ¿no es eso?

—Eso es y si sois listos, muchachos, se dejarán caer por allí.

De un manotazo, Blackie le envió contra el pozo, haciéndole caer dentro de él.

—Fíjate que ha dicho «caer por allí» — comentó el Catarroso.

—Ni más, ni menos — corroboró Blackie, alejándose sin hacer caso a los gritos de socorro que lanzaba Preston, que logró subir por la cuerda del cubo.

—¿Verdad que esta sería una escena preciosa para pintarla al

pastel? — indagó el Catarroso, cuando estuvo jadeante a su lado. — Al obtener una respuesta distinta, le arrojó de nuevo al agua. La escena se repitió varias veces, hasta que Preston afirmó cuanto el tísico quería.

Miguel y Jeannette hablaban durante estos acontecimientos, completamente inconscientes de la tempestad que se iba a desencadenar sobre ellos. Dupré penetró en el comedor y al sorprender a su hija con el evadido experimentó una vergüenza y un dolor mucho mayor que el soportado en la cuadra.

—El servicio que me ha prestado no le abre las puertas de mi casa. Será espléndidamente pagado por lo que ha hecho.

—¿Qué quiere usted decir? — preguntó amenazador Miguel.

—Por favor, Miguel — suplicó la joven. Su padre se arrodilló junto al hogar y levantó una losa. Del hueco que resultó extrajo un cofre repleto de bolsas de dinero. Sin que los tres se percataran de ello, la escena tenía dos espectadores más: Blackie y Bertie, quienes miraban por la ventana.

—Una libra por cabeza no estará mal.

—Señor Dupré, nosotros no queremos su dinero.

—Ni yo vuestra caridad.

—Por favor, Miguel, acéptelo. — Hizolo así el joven y salió de la casa.

—Pero, padre, ¿cómo has podido hacer tal cosa?

—No quiero nada con él ni con los de su calaña.

Miguel hizo saltar las monedas en su mano, mientras su corazón hervía de cólera. Blackie se le aproximó deseoso de saber en qué pararía el regalo. Había tomado

buena nota del escondrijo para un caso de apuro.

—Aquí tienes, Blackie — dijo, ofreciéndole las monedas—. Tenemos tanto éxito que hasta nos pagan nuestro esfuerzo.

—¡Ah! Las cosas empiezan a mejorar — exclamó el gigante, sin hacerse repetir dos veces el ofrecimiento.

Amenaza

En efecto, como decía Blackie, las cosas empezaban a mejorar, aunque no en el sentido a que se refería el coloso. La fama de Miguel se extendía como un reguero de pólvora, lo mismo que el éxito de sus intervenciones providenciales. Una aureola de invencibilidad rodeábale lo mismo que a sus amigos. Aparecían y desaparecían con la velocidad del viento, guardando desconocida su guarida. Los colonos del valle le bendecían, lo mismo que los demás de aquella región, mientras que los terratenientes del corte de Trist deseaban ardientemente la entrada del Gobierno en el asunto. Esto, claro está, hubiera sido exponer a los planes de Trist a una investigación que de ninguna manera eran capaces de soportar. Pero, el mismo Trist lo deseaba. Llegado el momento de apuro, él ya sabría hurtarlo.

Por último, el Gobernador decidió poner en juego todos los recursos indispensables y averiguar lo que se proponía el fantástico ser que de ellos se burlaba. Harruntaba algo anormal en aquel ayudar a los colonos e impedir el prosperar de los poderosos.

—Las fuerzas militares serán enviadas en seguida, señor — anunció el oficial requerido para dirigirlas.

—No solamente serán enviadas fuerzas militares, sino que iré yo con ellas a visitar la región en persona — determinó el Gobernador, sin saber cuánto molestaría esto último a Trist.

No era hombre que dejara para otro día lo que se proponía. Aquella misma tarde su carreta rodaba en dirección del valle Malopi, a pesar de las protestas de Hamilton. La justicia sumaria de los hacendados era, satmismo, cosa a la que quería poner coto.

—He de insistir, señor, en que es absurdo que vos, el hombre más importante de la colonia, respire el polvo de estas carreteras, sólo para colgar a un hombre — se enfadó Hamilton, tapándose las narices con un pañuelo.

—Lo considero muy importante, Hamilton — replicó tranquilamente el Gobernador—. Especialmente para el que haya de ser colgado.

—Lo ahorcarán a las primeras de cambio y todo habrá concluido — terminó Hamilton, antes de encerrarse en un molesto mutismo, sin fijarse en las sibilinas palabras del Gobernador.

El objeto de los pensamientos del Gobernador y de los reproches de Hamilton, estaba terminando de cenar placidamente rodeado de sus hombres en su inaccesible guarida. La presentación de Bob, que había estado ausente todo el día, fué acogida con bromas e indirectas, a las que el muchacho no hizo caso.

—Traigo noticias para vosotros. Los colonos están tan contentos que han organizado un baile para esta noche en el granero de Bailey. Todos están invitados.

—¿Yo también? — preguntó, sorprendido, Bertie, siendo coreado por los demás. La noticia era tan

bien recibida como la lluvia en el desierto.

—¡Ah, Miguel! —prosiguió Bob, cuando el pandemonium bajo de tono — La señorita Dupré tiene permiso de su padre para pasar la noche con los Bailey.

—Es una suerte — comentó Miguel, riendo satisfecho, bajo las miradas de envidia de los demás.

—Pues yo os digo — protestó Blackie, con austeridad desconocida en él — que no hay sitio para las mujeres en la vida de hombres como nosotros. Nuestro sino es zascandillear por ahí, lamentándonos de nuestra falta de cariño, hasta que uno de los sicarios de Trist acabe con nosotros.

—Tú estás celoso, Blackie, porque Miguel y Bob son novios de las dos chicas más bonitas del valle — se burló Boco, sin hacer caso de su amenaza.

—No te apures, Blackie — apuntó el Catarroso —. Probablemente podrás bailar toda la noche con el grandullón de Carrigán o con alguna vieja señora.

Y su risa se unió a la explosión de hilaridad de sus amigos. Blackie frunció el ceño con una expresión poco tranquilizadora. Miguel conocía que, por lo general, era seguida de algo peligroso.

—Sí, ¿eh? — gruñó mientras los ojos le chispeaban de decisión.

—Bien. Vamos, Blackie — anunció Miguel, poniéndose en pie —. Tenemos que hacer una visita antes del baile de esta noche.

—Sí, tienes razón, tienes razón — dijo su lugarteniente, imitándole de buena gana —. Voy.

Sus camaradas cambiaron una mirada, preguntándose qué sería la diligencia que tan secreta llevaban entre manos su jefe y su

segundo. Pero no se preocuparon durante mucho tiempo. Y cuando sonaron los cascos de los caballos en la ranca del sendero, habían olvidado su curiosidad y tornado a emprender los comentarios sobre el festejo que los agradecidos colonos les preparaban para la misma noche.

Trist había reunido a su estado mayor, o sea, Preston, Mergon y al cajero para, al paso que cenaban opíparamente, discutir los procedimientos mediante los cuales hacerse con Furia y sacar enseñanzas de las pasadas desventuras.

Trist escuchaba la discusión que había brotado entre Preston y Mergon, muy pensativo. El primero, aleccionado por los anteriores acontecimientos, se había vuelto muy prudente, sin que ello indicara, por lo menos en apariencia, que sentía miedo; Mergon, más decidido o más fanfarrón, demostraba a Miguel y a sus compinches sin tasa, jurando que si tuviera la menor ocasión de encontrarse frente a él, las cosas cambiarían mucho. Trist, ante esta disparidad de criterios, dedujo que poca confianza podía depositar en ellos y que el esbozo de los planes para lo venidero dependería de él, y así lo expresó.

—No tenéis idea de vuestro enemigo — protestó Preston —. Es muy listo, creedme.

—Siempre toman, cobardemente, ventaja y la emplean de la manera más inesperada — corroboró Mergon.

El silencio invadió el lujoso comedor de Trist, que no hubiera hecho mal papel en un palacio de Londres. Los hombres simulaban dedicarse por entero a la tarea de consumir los manjares, aunque, en realidad, no tenían mucho

apetito. Les impresionaba el presentimiento de una amenaza muy cercana.

Preston soltó su tenedor que resonó contra el plato, sobresaltando a los comensales. La atmósfera cálida de la noche les tenía enervados. En la hacienda no se escuchaba ningún sonido. Preston, a acto seguido, miró la culata de nácar de la pistola que asomaba entre la botonadura de la levita de su señor. Trist se había vuelto muy precavido en los últimos tiempos y cuando el capitán tema, ¿qué será de los marineros? Serutó con recelo la cortina que ocultaba la amplia ventana del comedor.

—Espero que algún día me encontraré con ese Furia en lucha abierta, cara a cara, y verá entonces... —empezó a decir para envalentornarse.

—Buenas noches, caballeros.

¡Era Furia que llevaba su osadía hasta presentarse en el comedor de Trist! Los cuatro hombres se quedaron yertos, inmóviles, boquiabiertos. Miguel soltó el cortinaje de la entrada y avanzó con admirable sangre fría hacia la mesa.

—¿Este sitio es para mí? —preguntó, indicando un sitio vacío en la mesa y ocupándolo.

—Seis muy atrevido —exclamó Trist, con envidia de su arrojo.

Remiró al joven a los comensales y sonrió como si se le ocurriera una idea muy graciosa. No fallaba al un detalle al comedor. Todo aquello daba razón de la maldad del terrateniente; a pocos pasos de él sufrían sus pesadillas unos hombres hambrientos y a los que trataba como esclavos.

—Esto me recuerda los tiempos en que yo era empleado muyo, señor Trist. —Cogió un plato y lo

alargó a Mergon. —¿Me permite? ¿Le molestaría servirme una patata? Las correrías nocturnas abren forzosamente el apetito. ¿No es así?

Sin separar las manos de la mesa, acto muy significativo para todos, pidió salsa para condimentar el tubérculo y lo cortó dispuesto a dar cuenta de él, sin dejar de hablar un momento.

El hacendado había recobrado su sangre fría. Se puso la servilleta, introduciendo una de sus puntas en el cuello de su camisa, y aprovechó el gesto para sacar, sin ser visto, la pistola y dejarla en el suelo. Escuchó atentamente las irónicas frases de su invitado a la fuerza y plató el pie de Preston. Este siguió la dirección de sus ojos. Trist le ponía a prueba. Ya había llegado la ocasión que momentos antes expresó el deseo de tener.

—Excelente comida, señor Trist; excelente.

—Gracias. He vivido tanto tiempo solo que un elogio siempre es bien recibido. Me han dicho que piensa quedarse por aquí algún tiempo.

Para un espectador poco avisado la escena hubiera resultado normal. Un caballero recibía a otro que no había tenido tiempo de cambiarse su traje de labor y ambos conversaban sobre los incidentes corrientes en la vida cotidiana.

—Pues eso depende. Existe un malentendido que necesito aclarar... ¿le molestaría? —Y al obtener su permiso, añadió: —El hombre con quien tengo que tratar de un asunto hasta a punto de partir...

Trist apenas le prestaba atención. Sus nervios estaban tirantes. Preston procedía con una cautela

y lentitud que le exasperaba. Hasta entonces no había pensado en recoger la pistola. Para ello dejó caer su servilleta al suelo, de forma que ocultara el arma, y recogió ambos objetos. Trist sintió una alegría diabólica, que acrecentó su cortesía.

—Cuando salga de aquí—dijo con maligna expresión—llevará el convencimiento de que mezclarse en los asuntos de los demás es un negocio muy peligroso. No me extrañaría nada que tuviera que hacer el viaje antes de lo que espera.

Miguel enmarcó las cejas, pero no tuvo tiempo de proferir nada. Preston hizo un rápido movimiento y, arrojando la servilleta al suelo, levantó su mano armada con la reluciente pistola y la apoyó lleno de satánico goce en la mesa. El largo cañón osciló unos segundos antes de inmovilizarse, apuntando al corazón del Capitán Furla. Fue todo tan rápido que Preston mismo se asombró de su habilidad. Su dedo se empezaba a enmarcar sobre el gatillo. El segundo se le antojaba delicioso...

—Suelta esa pistola o te dejo seco—exclamó la voz de Blackie.

Sin osar volverse, Preston le obedeció. Trist y sus compinches percibieron el chirrido que hacían las anillas de la ventana e inmediatamente apareció enmarcada en ésta la tremenda y amenazadora humanidad de Blackie. Y el peligro que descubría su scento se aumentaba por la firmeza con que mantenía empuñado su revólver, dirigido contra ellos.

Miguel se incorporó de su asiento y asió la pistola de Trist. Este desaprovechó la ocasión de escapar en el momento en que Miguel le ocultaba casi totalmente. La brutalidad de Blackie le tenía como ligado a su silla.

—Muy bien. Deme esa pistola—aprobó Miguel, siendo obedecido por Preston que se la alargó por el cañón—. ¡Ah, hermosa arma, señor Trist!

En efecto, lo era. El bruñido acero brillaba como plata y de este material eran las incrustaciones que ornaban las cachas de nácar de su mango. Miguel la levantó hacia la luz, estudiándola como un conocedor. Trist perdería en tal ocasión algo muy apreciado.

—Hecha de encargo por Cooper de Liverpool—pantallizó Trist.

—Oye, Blackie, ¿quieres dejarla por ahí?—dijo Miguel, lanzándola al aire. Las hábiles manos de su segundo la cogieron con destreza.

Estudió la pistola a su vez y con su corazón sufrió una angustia terrible al tenerla que dejar sobre el armario cercano a la ventana. ¡Era una pena que Miguel fuera tan duro! La miró con anhelo. Haciendo un gesto de desafío la introdujo en su cinto y esperó el sermón. Se quedó asombrado cuando su jefe no protestó, antes al contrario, volvió a hablarle:

—Te comerías un buen pedazo de faisán?

—¿Faisán?... Bueno, no he probado semejante cosa en mi vida.

Un pedazo de esta ave asada salió de las manos de Furla para caer en las de Blackie, que ya no amenazaba a Trist ni a sus hombres con su pistola.

—Pues hazlo hoy que es una gran fecha—respondió Miguel con malicia.

—Bueno.—Probó Blackie un bocadito y le supo a gloria; y mastigando se olvidó de todo.

Miguel se sentó de nuevo.

—No perdamos el tiempo—se impacientó Trist—. ¿Qué quiere de mí?

—Se lo diré, señor Trist. Han sucedido muchas cosas desde que dejé de ser su empleado. Los colonos son felices. Sus cosechas y sus medios de vida mejoran y de ahora en adelante su situación no ha de cambiar.

Se detuvo para contemplar el efecto que sus afirmaciones producían en el hacendado. Blackie, en el interin, sin dejar de mover las mandíbulas, reparó en una figurilla de marfil que había sobre el armario. Era extraño que la gente tuvieran aquellas chucherías. Cada cual con su gusto, él no las tendría en su casa. Pero, puesto que allí estaban y un hombre como Trist accedía a guardarlas en sus habitaciones, algún motivo habría para ello. Sabiendo lo ambicioso que era el hacendado, no le fué muy difícil concluir que debía tener cierto valor. Y del armario fué a parar a su bolsillo.

Trist no contestó nada al relato de Miguel. Las exposiciones de tal especie van seguidas, por lo general, de la aclaración de los actos. Hasta llegó a pensar que Miguel le iba a ofrecer una alianza. Pero desechó tal pensamiento al observar la gravedad de Furia.

—Si así no fuera, no me extrañaría nada que vuestros almacenes desapareciesen... —sus labios desgranaban poco a poco las amenazas— y hasta que vuestra casa se convirtiese en escombros. Las consecuencias recaerán sobre su persona. Así que, buenas noches, señor Trist... y que sueñe con los angelitos.

Con la frialdad de un témpano de hielo, se subió en el alféizar de la ventana.

—Devuelve eso, Blackie —ordenó, refiriéndose a la figurilla, antes de desaparecer.

¡Maldito Furia, no se le escapaba nada! Pero no lo devolvería...

El baile de los colonos

—¡Oh, querida, pareces la Cenicienta! —alabó la señora Bailey contemplándola arrobada.

En verdad, Jeannette parecía una princesa de cuento. Hasta era demasiado delicada, demasiado irreal para la ruda vida colonial. Su padre le había permitido asistir al baile, cosa extraña ciertamente; tenía que pasar la noche en casa de sus amigos y lo más importante era que bailarían y se encontraría con Miguel. Deseaba estar lo más hermosa posible para ver si lograba derribar el dique que el joven ponía a su alma, pues Jeannette, aunque inexperta en achaques amorosos, estaba segura de que lo amaba. El mundo estaba henchido de bondad y a la fuerza su pasión había de encontrar eco en el pecho del muchacho.

—¡Oh, es precioso, señora Bailey! —exclamó, acariciando el hermoso traje.

—Me lo ha prestado para ti la señora Wykoff. Fué su vestido de novia.

Tess dió los últimos toques al cabello de su amiga. Descaba que toda la dicha que ella sentía la experimentara Jeannette. Esta lanzó una mirada al espejo de mano. Sólo falta una parte tan importante como las demás: acabar de perfeccionarse en el baile, que, como una artista consumada, había aprendido rápidamente las nociones corrientes.

—Ahora ensayemos el baile otra vez —. Pasó el brazo por la cintura de Tess y ambas muchachas giraron, tarareando.

—Eso es — aprobó la señora Bailey.

El granero de los Bailey era el recinto más espacioso de todos los contornos. El colono lo había iluminado de la mejor manera posible y auxiliado por sus colegas, había logrado encontrar entre ellos a un violinista, un acordeonista, someramente conocedores de las danzas de última moda.

Hacia las once de la noche, los colonos y los amigos de Furla bailaron a más y mejor una jiga; después pasaron al rigodón. El Catarroso, aunque no tuviera intervención directa, impedido por su mal, se divertía con el regocijo de sus compañeros, marcando los tiempos y los cambios. La señora Bailey se movía con una agilidad maravillosa para sus años. En fin, todos eran felices...

El que «dió el golpe» fue Blackie, quien, al terminarse el rigodón, se personó en el granero. Todos se quedaron boquiabiertos y hasta por un momento reinó un violento silencio. No había para menos. Blackie, no sólo iba vestido con una levita algo estrecha para su talla, sino que de su brazo llevaba a Mabel, vestida de punta en blanco. Consciente de la admiración y de la envidia que despertaba, entró contoneándose y saludó a la señora Bailey.

—Me alegro mucho de verle, señor Blackie. Ya me temía que no viniera.

—Es usted muy amable, señora — agradeció Blackie, haciendo retorcera de regocijo a Bertie y a Suco, que desconocían aquellas maneras.

—También me alegro de verte, querida — dijo la señora Bailey, besando a Mabel.

—¡Oh, gracias!

Los recién llegados cambiaron

unos estirados saludos con los presentes y se colocaron en las filas para tomar parte en el rigodón. La señora Bailey corrió hacia el enterimado, en donde estaban los músicos, dando palmadas.

—Ya estamos todos, muchachos. Vamos a comenzar el baile. Que empiece la música, chicos.

Rasgó el violín unas desafinadas notas y el acordeón le siguió con ímpetu. Blackie bailó la primera figura con la señora Bailey y al separarse de ella, se guardó en el bolsillo el collar de perlas de la buena mujer.

Con el mismo alborozo fueron danzando. La figura final la tuvo que hacer el afortunado Blackie, el cual, a pesar de su corpulencia, bailaba con una ligereza que despertaba los celos. Cogió a Mabel por la cintura y giró rápidamente, hasta que la muchacha perdió pie, sujetándola y levantándola a su pareja. Como él decía, Blackie era un gran hombre, que siempre estaba a la altura de las circunstancias. Recibió noblemente las felicitaciones y cedió su pareja a Suco, mientras iba a tomar un refresco.

Las dos parejas de enamorados saltaron al mismo tiempo del granero y buscaron cobijo en la oscuridad, en donde poder descansar unos segundos y cambiar unas cuantas palabras de cariz íntimo. Bob y Tess fueron los primeros de internarse en uno de los departamentos en donde se guardaban las lanas y Jeannette y Miguel siguieron su ejemplo en el inmediato, de manera que, de no haber charlado bajito, se hubieran oído unos a otros.

Aún así llegaron a escuchar la primera frase de Tess, que suplía:

—Bob, háblame de la otra chica. Aquella que conociste antes de venir aquí.

¡Afortunado Bob!, pensó Miguel al reccastarse en uno de los sacos y cruzando sus manos bajo la nuca. ¡felic Catarroso, a pesar de sus dolores! Uno y otro no tenían que soportar el tormento de tener cabe sí a la muchacha amada y no poder narrarle lo que le dictaba su pasión. También Jeannette lanzó un suspiro de envidia, pero recorrió su primitiva alegría.

—¡Oh, Miguel, qué contenta estoy! ¡Siempre he vivido tan sola! No tenemos amigos, pero... ahora lo tengo a usted y puedo hablarle de vez en cuando.

Miguel se echó a reír con forzada risa. El recuerdo de Dupré se interponía entre los dos, como una advertencia acusadora.

—Debe desechar tales ideas de su imaginación. No olvide que soy un recluso evadido, que no tiene porvenir. ¡Ah, los seres como usted no se han hecho para hombres de mi clase! —repitió las palabras de Blackie: —Nuestro único consuelo es escuchar la música, mirar las estrellas y desear que no llegue nunca mañana.

Jeannette se sintió desesperada al verle recaer en su taciturnidad. Sin que se percatara Miguel, miró al departamento cercano y lo que vio la hizo correr en persecución de Tess.

—Tess, ¿cómo has consentido que te bease?

—No lo he consentido. Le he besado yo—fué la sincera respuesta de la dichosa muchacha.

Jeannette la dejó ir con una exclamación y regresó al lado de Miguel, que no se había dado cuenta de su corta ausencia, muy perisativa. Resguió con la mirada

el perfil del hombre que amaba y que tan lejana la hacía sentirse de él, y borró todos sus escrúpulos. «En amor y en guerra todo es válido», se decía, o algo por el estilo.

—¿En qué está pensando ahora? —preguntó inesperadamente Miguel.

La adorable faz de la muchacha se le acercó peligrosamente. Hubo un silencio, tras del cual a Miguel se le antojó todo más bello. Ahora ya se sentía capaz de enfrentarse con el fin de su aventura, que presentía cercano.

—Quizá fuese mejor que volviéramos al baile.

—Vamos —accedió su pareja.

Andando lentamente penetraron en el granero, en donde la fiesta crecía hasta alcanzar proporciones magníficas. De repente algo cruzó entre Miguel y Jeannette, chocando contra el cuerpo de una persona que iba tras ellos. Blackie se precipitó en dirección de Miguel y enarboló su brazo para descargar un golpe demoledor sobre el intruso. Miguel le detuvo a tiempo. Dupré estaba cogido por Suco y Bob, quienes le habían despojado del rifle que un momento antes encañonara a su jefe.

—Déjale, Blackie.

—Quería matarte —rezongó el gigante, obedeciéndole, no obstante.

—Es mi guardián —mintió Miguel.

—Pero, padre, ¿por qué has venido aquí? —interrogó Jeannette, abrazándolo.

Dupré se libertó de sus brazos y extendió una mano en dirección de los bailarines, que le miraban consternados. La música había callado y sólo se escuchaba el roce

de pica inquietos. Insensiblemente se fueron alejando del puritano.

—¡Y os llamáis personas decentes! La sombra de Satán está en medio de vosotras y la recibís en vuestro seno.

—Cálllese, viejo estúpido — gritó Mabel, iracunda — Yo no sé cómo éstos tienen tanta paciencia. Merecería que le arrancaran esa lengua de víbora para que no siguiera insultando a los que sólo merecen vuestro agradecimiento.

Blackie, a una indicación de Miguel, se llevó a un rincón a la enfurecida muchacha. Los colonos contemplaban despreciativamente a Dupré, que ya podía considerarse muerto en su sociedad. Si no hubiera sido por el cariño que todos tenían a su hija, otra hubiera sido su suerte. Jeannette agarró el brazo de su progenitor y lo arrastró hacia la salida.

—Por favor... Vámonos, padre.

Sin que nadie lo impidiera, padre e hija desaparecieron. Una vez privados de su presencia, los colonos comenzaron a hacer comentarios. Miguel, con el rostro sombrío, fué en busca de su caballo y se dirigió a su guarida. Blackie expresó el sentir de todos, al decir:

—¡Hemos debido darle una paliza! Nos ha aguantado la fiesta.

Siguiendo la conducta de los demás, poco después trotaba por la carretera llevando en su cabaigadura a Mabel, en dirección de la cantina. La muchacha coqueteaba con Blackie, cuyo corazón se derretía de placer en aquella situación juguetona.

—¡Oh, Blackie, eres terrible! No me has dejado bailar con nadie.

—Cuando me enamoro, me enamoro, y no consento que nadie se atreva a...

—Me dijiste que no habías querido a nadie antes que a mí.

—Ya estás cambiando de conversación. Acusándome de infidelidad mientras me gasto contigo mi dinero, tan duramente ganado. Fíjate... mira esto.

En la noche destelló el collar de la señora Bailey. Mabel lanzó un grito de placer. Cogió la alhaja y se la puso, antes de preguntar:

—¡Oh, Blackie! ¿es para mí?

—¿Verdad, que es bonito? — Mabel rozó satisfecha el collar. —Sí, pero que me vas a dar en cambio?

Habían llegado a la cantina y la joven se escapó de los brazos de su pareja, corriendo como una golondrina hacia su casa. Blackie la persiguió, parándola en la entrada. Los dos se echaron a reír y Blackie la soltó.

—Buenas noches, encanto mío.

—Buenas noches, preciosidad.

La puerta se cerró sin ruido. El caballo de Blackie pisaba, pero éste no le hizo caso. Toda su atención la requería el objeto que tenía en la mano: el collar de la señora Bailey. El gigantón no era de los que dan todo por nada.

Jeannette llegó a su casa con un designio en su corazón. No podía vivir durante más tiempo con su padre, el cual, no sólo la avergonzaba delante de todos sus vecinos, sino que llegaba a ofender injustamente al hombre que amaba sobre todas las cosas. Aquella noche su cariño filial se había esfumado para siempre. Simuló acostarse cuando lo hizo su padre, con el que no cambió ni una sola palabra, y cuando estimó que ya estaría dormido, hizo un hato con todas sus cosas y, sin producir el menor roce, fué hasta la cuadra. Ensiló el caballo y algo después resonaban

las herraduras del animal por las colinas.

—(Jeannette! —gritó su padre, cuando pasó como una flecha por delante de sus ventanas. Y ya no dudó.

Se vistió apresuradamente. Su hija estaba perdida. Todos estaban perdidos. ¿Qué le importaba aumentar la catástrofe traicionando a los causantes de su deshonor? Estas palabras se repetían como un «leit-motiv», mientras galopaba en dirección de la hacienda de Trist. Poco después estaba ante el terrateniente y sin remordimientos le daba todas las indicaciones que pedía.

—Conozco bien el terreno. No hay más que una entrada que domina el valle.

—¿Y estarán allí los hombres de Furia? —preguntó ansioso Trist. Aquello era lo único que le faltaba. El valle, según la descripción del traidor, era una verdadera ratonera.

—Estoy seguro... Bien, yo... me voy con su permiso.

Con la velocidad de un relámpago cruzó por la mente de Trist el pensamiento de que todo aquello podía ser una encerrona. Para caso necesario, debía tener en su poder al puritano. Con un movimiento de cabeza, obligó a Preston y a Mergon, espectadores impasibles de la delación, a que se pusieran a ambos lados del puritano.

No tenga demasiada prisa, Dupré. Nunca se puede estar seguro.

El hombre miró a los dos capataces. Su custodia, por sí el acento significativo de Trist fuera poco expresivo, le descubrió lo que iba a pasar a continuación. Palideció y sus dedos se agarrotaron en la mesa que interponía entre él y el hacendado.

—Pero si ya lo he dicho todo. No hay ninguna razón para...

Trist cortó en seco sus protestas, ordenando a Mergon:

—Enciérrale en una de las celdas. Le tendremos aquí hasta que hayamos capturado al Capitán Furia.

—Pero... si no le he mentado. ¡Le he dicho la verdad! ¡Dejadme salir!

—Vamos —advirtió Mergon.

—Dejadme salir —repitió Dupré, intentando escaparse del apretón de sus manos sin éxito. Mergon le arrastró hacia la salida. Trist ya no prestaba atención.

—Andando.

—¡No tenéis ningún derecho a hacerme esto!

Una vez Mergon se hubo llevado con malos modos al gimoteante puritano, el terrateniente sacó una pistola de un cajón, comprobó si estaba cargada y se puso el sombrero.

—Preston, venga conmigo.

—Sí, señor.

Dupré todavía protestaba, aunque sin esperanzas, cuando llegaron a las celdas de castigo. Mergon le empujó dentro de una de ellas y giró rápidamente la llave. El puritano sacó su cabeza por entre los barrotes.

—Por favor, déjeme salir de aquí. Le daré dinero.

Estas palabras frenaron el movimiento de Mergon. Se volvió muy interesado.

—¿Y de dónde va a sacarlo un colono como tú? —No le desagradaba jugar aparentemente con dos cartas.

—Tengo dinero. Tengo dinero—repetía obcecado Dupré. —Le daré cien libras nada más por dejarme salir de aquí.

Mergon sospechó la veracidad del prisionero. Los colonos habían tenido buena cosecha aquel año y todos sabían que Dupré gozaba de una sólida fortuna. Se inclinó hacia el que se lamentaba:

—¿Cien libras?

—Sí — corroboró, esperanzado.

—¿Y dónde tienes las cien libras? — insistió Mergon, que ya estaba plenamente convencido de que Dupré tenía aquella fortuna.

—Las tengo en mi casa. Llévome con usted. Se las enseñaré.

Aquello era cuanto deseaba saber Mergon. Las casas de los colonos no eran tan grandes ni tan resistentes que se tuviera que emplear en un registro mucho tiempo y menos ayudado por algún utensilio cortante. Y ambas cosas le sobraban a Mergon, puesto que Trist no le había incluido en su plan.

Lanzó una carcajada y se apartó de las celdas de castigo, haciendo oídos de mercader a las protestas y halagos de Dupré.

A sangre y fuego

Miguel había estado paseando su aflicción a la luz de la luna. El destino le era adverso en todas las cosas que a él se referían. En el momento en que había conseguido el amor de una mujer, algo iba a levantar una barrera entre los dos, más fuerte y resistente que todo el hierro del mundo, una barrera signficada por el odio de un padre. Esta idea le martirizó, sin que lograra hallar sosiego en la fatiga corporal. Era procedente terminar cuanto antes su empresa y alejarse para siempre.

Con un plan rápidamente esbozado, pero seguro, se presentó en

la parte de la cabaña ocupada por Blackie. Este estaba sentado en el borde de su camarachón y contemplaba muy interesado lo que iba extrayendo de un cofre. Miguel no advirtió este examen hasta que le hubo dirigido la palabra.

—Blackie... — empezó y notando su gesto sobresaltado, preguntó: —¿Qué escondes ahí?

La oscuridad que reinaba en la cabaña no le permitió percibir con claridad el interior del cofrecillo. Blackie cerró su tapa de golpe y se puso en pie, intentando ocultarlo con su corpachón.

—¡Oh, nada, nada! — titubeó. — Sólo... sólo un poco... Cuatro hojas de trébol, nada...

Los recelos de Miguel aumentaron con sus tartamudeos. Alargó la mano para apartarle de la cama.

—Déjame ver esa caja — ordenó secamente, temiendo ver confirmadas sus presunciones.

Blackie comprendió que era inútil resistirse por más tiempo a que Miguel descubriera su conducta. Sin embargo, aún vaciló un momento.

—Pero si ya te lo he dicho... unas pocas mariposas y unas cuantas flores.

Miguel sacó al exterior el collar de la señora Bailey, unas cuantas sortijas y numerosas monedas, que Blackie había «distraído» en sus aventuras. También, en presencia de los objetos robados, comprendía cual era la causa de las frecuentes ausencias de su lugarteniente, las cuales había achacado a algún galanteo.

—Y flores, ¿eh? — insistió con ironía, pero con una peligrosa llama en los ojos.

Blackie había visto muchas veces aquella lucecita y sabía que

auguraba un suceso poco agradable. Además, Miguel estaba excitado por lo acontecido en el granero. Y aunque él no le temía, ni con mucho en una lucha a brazo partido, no podía competir con el joven en celeridad en sacar el revólver y en pantería. Era vano, por consiguiente, querer atacarle. Su irritación impotente tuvo mucho de la ira enfurruñada de un chiquillo.

—Bueno, ¿y qué si lo he hecho? No somos ningún coro de viejas.

—Blackie... me da pena decirte lo que pienso de ti.

—¡Ah, salimos con esas! Pues esto no es peor que robar dinero... y tú lo has robado, ¿no es eso? ¿Qué es lo que piensas de ti?

Miguel comprendió el error de Blackie y tal vez por eso su falta le pareció menor. Si el gigante estaba enfadado con él, no era, paradójicamente, por haber sido descubierto, pero por haberle defraudado en sus apreciaciones. A su manera, él quería a Miguel, con algo de la reverencia que dedicamos a lo superior e inalcanzable para nosotros.

—Yo lo tomé para devolverlo a quien pertenecía. Hay una gran diferencia, Blackie. Lo que estás haciendo es comprometer todo nuestro plan.

—Ya... comprometer todo nuestro plan, ¿eh? Me gusta eso... Nunca fué plan mío llegar hasta aquí sólo para ayudar a un grupo de granjeros idiotas. Y si me hubieras escuchado, hace tiempo que hubiéramos salido de este atolladero. Y con nuestros bolsillos bien llenos de monedas de oro.

—¿Era eso lo que tenías que decir?

—No, no es todo. ¿Cuándo vamos a empezar los grandes traba-

jos, nuestro trabajo? El trabajo de provecho — recalcó, golpeándose los bolsillos.

—Ese, nunca.

—Ya sé. ¿No te consideras con fuerzas? Pues bien, puedes contarme fuera de todo. Hemos concluido.

Miguel se encogió de hombros. Era estéril, como sembrar en un yermo, intentar hacer ver las cosas a Blackie tal y como eran.

—Muy bien, si esa es tu idea, no seré yo quien te detenga.

Bertie, alarmado por los gritos de su amigo, que llegaban hasta el exterior, abrió la puerta y corrió a ponerse entre los dos hombres. Con una mirada se hizo cargo de la situación.

—¿Qué pasa, Blackie?

—Pues, que me voy de aquí, que me separo del Capitán Furia para siempre — le contestó, rabioso, el coloso, colocando sus ropas y enseres sobre la cama.

—Me llevarás contigo, ¿verdad, Blackie?

—Claro que sí. Pero tengo que hacer esta noche un trabajito yo solo. Nos encontraremos mañana en la cantina.

Miguel se mordió los labios. Había estado a punto de preguntar a Blackie la índole del «trabajito». Se prometió que en adelante pocas cosas daría su antiguo camarada sin que él los conociese. Bob abrió la puerta con estrépito y anunció alegremente:

—Miguel, ahí está una señorita que desea verte.

—Una señorita que... — dijo sorprendido. Pero Jeannette, envuelta en una capa, entró y se arrojó a sus brazos, apretándose apasionadamente contra él:

—¡Hola, Miguel!

Otro contratiempo. Su rápida inteligencia comprendió el partido que Trist podía sacar de la inesperada presencia de la joven. Mecánicamente y, como a su pesar, preguntó, viendo que Bob tornaba a entrar portador de un fardo.

—Jeannette, ¿qué vienes a hacer aquí?

Su frío acento asustó a la muchacha. Le dejó en libertad y levantó su faz tratando de escrutar la de su amado.

—¡Oh! No... no estás contento de verme.

Miguel se arrepintió de su frialdad, pero el asombro le había dejado sin palabras, así que, en lugar de disparar su melancolía con las frases siguientes, que iban destinado a ello, únicamente sirvieron para aumentarla:

—Claro, que estoy contento de verte, pero... pero, ¿a estas horas de la noche?

Sonó un disparo de rifle y Suco y el Catarroso se refugiaron en el interior de la cabaña, anunciando a Miguel que estaban rodeados por los hombres de Trist. Alguien les había traicionado.

Efectivamente, no se equivocaban. Trist condujo a sus hombres cerrando la única salida del valle con una parte de ellos, mientras que la ladera que descendía frente a la casa se erizaba de fusiles. Sólo había un punto débil en el ataque, la parte superior de la cañada, perpendicular a la que ellos habían ocupado. Aunque para escapar por aquel lugar se necesitaba ser un experto jinete, además de tener mucha suerte. El cebo se corraba sobre Miguel y sus hombres.

Miguel obligó a Jeannette a tumbarse en el suelo y se arrastró hasta una ventana, mientras sus

amigos contenían a los asaltantes más atrevidos. Vió que la situación era tal como la dejamos descrita. Blackie y Bertie disparaban sin cesar y, al parecer, por los gritos de dolor que se oían, con puntería. El gigante parecía haberse olvidado de su disputa anterior y se defendía con encarnizamiento.

Una bala atravesó las maderas que formaban las paredes y se clavó en la de frente con un sumido amenazador. Otra fué a chocar muy cerca de Miguel y pronto una verdadera lluvia de balas se colocó dentro de la casa. Miguel se percató de su desventaja. Los rifles eran demasiado poderosos para que buscaran allí su defensa. Se le ocurrió una idea fantástica, luminosa.

—Estas paredes no nos protegen. Tarde o temprano las balas acabarán con nosotros—. Se puso a cargar sus revólveres mientras los demás cesaban de hacer fuego para escucharle. —Es a mí a quien buscan. Si saliera, todos me seguirían... y entonces vosotros podríais escapar.

Todos sintieron sus lenguas pegadas al paladar; comprendieron el sacrificio de Miguel: pocos pasos podría dar sin caer herido. Jeannette posó una mano helada sobre la auya. El Catarroso fué el único que tuvo valor para protestar:

—Te matarían. No darías un solo paso.

—De todos modos voy a intentarlo. Al menos alejaré el fuego de la casa y entonces quiero que saquéis a la muchacha de aquí—. Se volvió hacia el gigante: —¿Cómo va eso, Blackie?

La pregunta indió al aludido la confianza que tenía depositada en él su antiguo jefe y que su úl-

tima orden iba dirigida a él. Se enorgulleció y sonrió a hurtadillas. Salvaría a la muchacha.

—Cúdate de ti. Yo soy cosa aparte.

—Como quieras—contestó Miguel, tranquilizado.

Besó rápidamente la frente de Jeannette y apretó la mano del Catarroso. Abrió la puerta trasera y corrió hacia la cuadra. El Catarroso remedió su acto por la parte delantera, cuando creyó que Miguel había ensillado su caballo. Sus dos revólveres escupieron la muerte contra la ladera fronteriza, hiriendo a un hombre y matando a otro, antes de llegar a una peña en la que había determinado atrincherarse. Desde allí cubriría la retirada a su entrañable amigo.

—No perdáis el tiempo—gritó Blackie a Jeannette, poniéndola en pie.—Salga con Bertie.

—¿Está seguro de que él está bien?

—Pues, claro que está bien—la tranquilizó, echando a correr tras ella.

Bob emprendió el camino de la cuadra, pero una bala certezamente dirigida, le destrozó el corazón. La pobre Tess lloraría su muerte para siempre. Suco, al poner el pie en el estribo, fué asimismo derribado por un disparo que le atravesó la cabeza de parte a parte. El caballo blanco de Miguel corrió hacia la salida de la cañada, galopando hasta formar una blanca línea paralela al suelo.

Por un momento suspendieron el fuego los asaltantes, maravillados de la maestría y arrojo del jinete. Pero Trist se encargó de hacerles salir de su asombro, gritándoles:

—Ese es Furia. Seguidle, idiotas.

Si dejáis que se os escape, me responderéis de ello.

—Seguidle, muchachos—les animó Preston.

Los guardas volaron hacia sus caballos, montando en ellos de un salto, saliendo tras de Miguel, que ya se había adelantado un buen trinchó a sus amigos. Esperó a que pasaran en una bifurcación del camino hasta que los esbirros de Trist estuvieron cerca y le pudieron reconocer sin ninguna clase de duda. Y entonces empezó una persecución loca por las irregulares colinas y las mal trazadas sendas.

El Catarroso fué el único superviviente de la cabaña que permaneció en el lugar del ataque. Una bala le había rozado el hombro. Sus pistolas, al estar descargadas, no le dieron la posibilidad de detener a los perseguidores de Miguel. Miró en dirección de los cadáveres de Bob y de Suco. Habían muerto heroicamente, como tantas veces habían prometido, por una causa tan noble y justa como la libertad de su patria. Con mano temblorosa empezó a cargar sus armas. Había columbrado, en la pendiente de la salida factible del valle, tres sombras, pertenecientes a los esbirros de Trist.

Se irguió tambaleante y se encaminó hacia ellas. Era el mismo Trist seguido de Preston y de un guarda. Antes de que el tísico pudiera levantar su pistola, el terrateniente requirió la suya e hizo fuego. Algo así como una descarga eléctrica sacudió el débil cuerpo del Catarroso, sin que por otra parte sintiera otra cosa que un golpe en el pecho. Se desplomó inerte.

—Está bien—comentó Trist, pasando junto a él sin lanzar una

mirada. —Ahora asegúrense de que no quede nadie en la cabaña.

Cuando regresaron de su inspección, el Catarroso ya había recuperado sus escasas fuerzas. Su pistola estaba lejos de su alcance. Estaba indefenso, pero con su indomable energía espiritual, escupió, más bien que dijo, apoyando un codo en el polvo, con triunfal voz:

—Usted no puede matarme, Triat.

El poderoso caballo de Miguel no sólo no mantuvo la distancia entre él y los de los guardas, sino que también la aumentó. Las ramas sonaban el rostro del joven, cantándole un himno salvaje y espléndido de esfuerzo y de libertad. De vez en cuando espoleaba su corcel, el cual daba un salto hacia adelante, aumentando su velocidad, como en protesta de la ofensa a su energía. Cuando los corceles de los perseguidores amilanaban su marcha y estaban cubiertos de espuma, el de Miguel tenía el pelaje limpio como si acabara de salir de la cuadra. Los kilómetros desaparecían bajo sus patas, tamborileando el galope victorioso con sus cascos.

Los guardas dispararon sus rifles al notar que la separación crecía y una bala rozó el anca del animal. Soltó un bufido de rabia; Miguel le palmoteó el cuello, tranquilizándole y haciéndole recobrar su movimiento fácil y gracioso.

A su espalda resonaron unos gritos exultantes y no tardó en comprender a qué se debían. Frente a él se oía el rugido de una catarata. Al doblar un recodo del camino se halló con el inmenso desplome de agua. ¡Y el camino moría en él!

Refrenó un tanto el paso de su corcel. No había salida posible.

Hacer frente a sus perseguidores era una locura. Le vencerían a pesar de su destreza con las armas. Ya había llegado al agua. Su caballo metía los cascos en la corriente y rehusaba seguir adelante. Los guardas de Triat estaban próximos. Se acordó de sus humillaciones, de la picota, del látigo y de la horca... Pico de espuelas hasta hincarlas en la carne del animal, como un clavo, y su corcel con un salto prodigioso, mezcló su cuerpo al poderoso caudal de la catarata.

Los perseguidores de Miguel desmontaron y se asomaron al abismo. ¡El milagro había acontecido! Caballo y caballero nadaban hacia la orilla opuesta, poniéndose a salvo.

Estaba cercana el alba, cuando Blackie, después de haber dejado a Bertie y a Jeannette en casa de los Bailey, como le había rogado indirectamente el joven, arribó a la formidable casa de Dupré. Ató las bridas en un poyo y llamó a la puerta con cautela primero y con fuerza más tarde. Y al no obtener contestación, introdujo su cabeza por la puerta. ¡Diablos, vaya un surfecito que tenía el puritano!

—Señor Dupré... —saludó alegremente. —¡He venido a darle los buenos días!

Entró y la desordenada habitación le relató una marcha precipitada. Mejor, así podría trabajar con tranquilidad y su robo permanecería anónimo. Se llegó al hogar y levantó la losa que escondía el tesoro del puritano. Las manos le temblaban de concupiscencia. Sacó las talegas del fondo.

Estando de espaldas, otro personaje apareció en la cabaña. Era Merton, que amartilló su pistola y con paso de lobo se puso tras de

las espaldas del coloso. El asombro le secó los labios. Allí tenía a su enemigo más odiado. Se pasó la lengua por los labios antes de hablar, lo que hizo con voz ronca:

—Con que tú ayudabas a los colonos, ¿eh? — Le señaló las talegas. —Te relevaré de ese trabajo.

—Pero aún tú... — exclamó estupefacto el gigante.

Estuvo a punto de reírse. Aquel idiota de Mergon era un colegial. Levantó los brazos en el aire y desde aquella posición dejó caer las bolsas en las manos del capataz. Extendiólas éste rápidamente para que no se estrellaran contra el suelo, con gesto instintivo. Y aquello le perdió.

Blackie le asestó un rápido puñetazo en la mano, haciéndole perder su arma, pero Mergon conservó la suficiente presencia de ánimo para arrebatar la pistola, que había sido de Trist, del cinto del gigante. Este le retorció la muñeca con la facilidad del que rompe un papel. Ahora que estaban sin testigos se quería divertir un poco con Mergon. Lo levantó en el aire y lo impulsó hacia la pared, contra la que fué a chocar con ruido sordo. Saltó sobre él y lo incorporó, aplicándole un golpe en la mandíbula que pareció arrancarle la cabeza de los hombros. Mergon quedó reducido a un montón de carne sin vida.

Blackie, ágilmente, se volvió hacia las bolsas y las recogió, cerrando luego la puerta tras sí.

La tragedia se consumó rápidamente. Durante la lucha mantenida en el interior de la cabaña, Mergon había derribado un quinqué encendido, que se quebró al perder el equilibrio. La madera del entarimado recibió el fuego como si fuera yesca, junto al cuerpo del

guarda, y poco después la casa de Dupré ardía como la pira funeraria del desalmado capataz.

¡Apresado!

Trist y Preston custodiaron en persona al desventurado Catarroso, de cuya boca se escapaba un exterior de agonía. Parecía imposible que un hombre de su naturaleza y en aquel estado hubiera logrado soportar las molestias del viaje hasta la hacienda, a través de un territorio particularmente abrupto. Trist llevaba una intención definida al transportar al moribundo y hasta extremó su interés, llegando incluso a prodigarle algunas cuidados con sus propias manos.

Un guarda fué a tenerle el estribo en el momento de descabalar. Se cuadró luego. Iba a hablar, cuando su señor le interrumpió, confiándole al Catarroso.

—Metedle en una de las celdas. Hablaré con él más tarde.

El guarda, auxiliado por otro compañero, sostuvieron al herido. Llamó la atención de Trist con un carraspeo y dijo, dudando:

—Señor Trist, un mensajero ha llegado esta tarde. Ha dicho que el Gobernador y su séquito llegarán esta noche aquí.

Trist retorció su pañuelo, contrariado. No comprendía la causa de la presencia de tan importante personaje. Con que fuera el ejército había más que suficiente. Apoyó el pie en un escalón y sacudió nerviosos latigazos con la fusta a su bota de montar.

—¡El Gobernador!... Pero si yo no le esperaba. Llévale a los reclusos lejos de aquí. Quita el poste

de los latigazos y limpia todo aquello, ¿entendido?

—Sí, señor.

La luz fría y verdosa del amanecer empezaba a ciarear sobre las copas de los árboles. La señora Bailey salió a aspirar el perfumado y fresquecillo aire matutino y su atención fué atraída por las llamaradas del incendio de la casa de Dupré. Fué a despertar a su esposo y le condujo a la ventana.

—Mira, John, hay fuego. Debe ser la casa de Dupré.

—Es la casa de Dupré — afirmó categóricamente el colono.

La señora Bailey fué estremecida por un escalofrío. ¿Acaso tendría relación el incendio con la llegada nocturna y subrepticia de Jeannette? Esta no se había mostrado muy locuaz al pedir alojamiento.

—Pobrecillos — exclamó. — El incendio debía ser obra del malvado Trist.

Entre los colonos cundió rápidamente la noticia del siniestro. Acudieron a verlo, pero ya era tarde. Sólo un montón de escombros restaba de años y años de labor.

La persona acusada por los granjeros, recibía a las ocho de la mañana la visita del hombre más importante de Australia. En el rostro de Trist no había vestigios de las emociones soportadas la noche anterior. Recibió con encantadora urbanidad al Gobernador. Todo estaba arreglado y limpio. El orden reinaba por doquier. Con razón se aseguraba que Trist ocupaba el primer puesto entre los colonizadores eficientes.

—Es un gran placer, Excelencia. Una gran sorpresa — aseguró, inclinándose sobre la mano del prócer.

—¿Cómo está usted, señor Trist?

—saludó con llaneza el Gobernador. — Debo excusarme por llegar a hora tan intempestiva, pero quiero intentar algo definitivo contra ese Miguel Furia.

Trist sonrió al contemplar los numerosos soldados que llenaban los patios de la finca, formados y conservando un marcial silencio. La visita del Gobernador le daría más fama. Jamás honor semejante había cabido a otro terrateniente, aunque eso era lo de menos. Lo que le importaba era demostrar su seguridad en el dominio del valle Malopi. Estaba infatuado con los triunfos pasados, que casi se atrevía a calificar de definitivos.

—Tengo buenas noticias para usted, señor. Mis hombres dieron una batida a Furia hace unas horas. Consiguieron desorganizar su banda y esperamos capturar a Furia en persona de un momento a otro.

—¿Entonces aún anda por ahí? — preguntó Hamilton, ahogando un bostezo.

Trist le dirigió una mirada furibunda. Y a continuación puso toda la casa a disposición del Gobernador y de su séquito.

* * *

Quando Miguel acudió a casa de Bailey en busca de amparo y de refuerzos para dar el golpe definitivo, halló a Jeannette que, llorosa y desencajada, se le abrazó, preguntándole lo sucedido. El joven miró perplejo a Bailey y a su esposa, a los que había encontrado en el exterior de su granja.

—Te aseguro que no lo sé.

Jeannette dirigióse suplicante a la maternal mujer, que le acariciaba para prepararla a recibir la infausta noticia.

—Vamos, vamos, vamos. Todo se arreglará. Debes tener paciencia.

Caminaron hasta la pila de ruinas carbonizadas y retorcidas por el fuego. Furia recorrió con la mirada el desolador escenario de la tragedia y un nudo se le formó en la garganta. En el centro de lo que había sido el patio, se alzaba una cruz con su sencillez y majestuoso significado. Bailey murmuró, sin poder evitar que sus palabras llegaran a oídos de la muchacha:

—Sacamos a su padre tan pronto como pudimos.

—¡Padre! — gimió Jeannette, cayendo de hinojos junto a la tumba. — ¡Oh, padre!

—Pobrecilla — compadeció la señora Bailey, arrodillándose a su lado.

Miguel y el colono se apartaron para no turbar con su conversación los rezos de las mujeres. Fueron hasta lo que anteriormente había constituido el hogar del puritano. La única huella del lugar en donde había existido, era la losa levantada y el hueco consiguiente.

—¡Trist! — anunció lacónicamente Bailey. — Vi el fuego desde nuestra ventana. Encontramos aquí el cadáver de Dupré... completamente carbonizado.

Miguel percibía como en sueños su información. Hozando con el pie las cenizas que llenaban el hueco, desenterró la pistola de Trist. La conocía, a pesar de ser difícil, por las cachas de nácar, como asimismo se acordaba de que aquel era el lugar empleado por Dupré para guardar su capital.

—Vacía — murmuró. Echó los hombros hacia atrás: — Esta vez no podemos culpar a Trist, señor Bailey.

—¿No? — preguntó el colono,

dando un respingo. — Entonces, ¿quién ha podido ser?

—Blackie... — declaró Miguel, echando a andar decidido. — No hay duda alguna.

—¿Por qué lo hizo?

—Para robar.

—¿Blackie le mató? — exclamó incrédulamente Bailey, que desconocía aquel aspecto de la personalidad del acusado por Furia.

—Blackie — trastió, implacable, Miguel.

Llegaron a una especie de monolito derruido, resto del granero de Dupré. En él estaban conversando algunos vecinos y Bertie. El alegre saludo que este último tenía en los labios desapareció ante la fría, inescrutable máscara de odio y de venganza que cubría las facciones de su capitán. Es más, su espíritu pugnó entre dos lealtades al juramento siguiente de Miguel.

—Esto es lo que ocurre por ser bueno con los de su calafía. Bien, fui yo quien le di ocasión de hacer esta hazaña y debo ser yo quien le imponga el castigo.

—¿Qué vas a hacer, Capitán?

—Voy a matarle, Bertie; en donde le encuentre — prometió el joven.

—¿Matarlo? — repitió asustado. Y a un descuido de los que rodeaban a su jefe, probando disuadirle de su idea, echó a correr hasta su caballo.

Perdido por perdido, prefería a Blackie, que siempre se había portado honradamente con él. Así impediría que sucediera algo irreparable. Estiró de las bridas de su caballo ante la cantina y desahalgó de un salto. En la trastienda, como suponía, se encontró con Blackie y Mabel, en amorosa charla. El gigante estaba borracho y le acogió con las muestras pegajosas de cariño propias de los ebrios.

—Pruebas que eres un hombre de palabra, Bertie.

—Tengo que hablar a solas con Blackie.

Mabel fué arrojada de la trastienda a pesar de sus protestas. Su novio no era muy suave cuando se trataba de hacerse obedecer. Bertie miró asustado a todos los rincones y probó un trago de la cerveza que le ofrecía su amigo.

—El Capitán Furia está enfadado, Blackie.

—¿Y qué me importa que esté como esté?

—Dice que lo hiciste tú.

—¿Que hice qué? —gritó Blackie casi destrozando la mesa de un puñetazo.

—Dice que tú mataste a Dupré—avisó timidamente Bertie.

Mientras que el hombrecillo se apartaba de él, Blackie se pasó la mano por la cara, intentando recobrarse de su embriaguez. Tardó algo en comprender lo que Bertie quería decir; después, se puso en pie, arrojando al suelo la mesa y las jarras.

—No sabía que hubiese muerto a matar a Dupré—. Se rió con una risa terrible y que, sin embargo, declaraba su inocencia.

Bertie tuvo bastante con aquella risa para estar convencido de la inculpabilidad de su camarada. Le estrechó vigorosamente la mano, mirándole con ojos de perro pichón.

—Ya sabía que estaba equivocado, Blackie. Voy a decirlo.

Blackie le impidió que lo hiciera, agarrándole por el cuello de la samarra y haciéndole poner de puntillas.

Bertie, tú y yo nos vamos a Sidney — Sacó las talegas de su bolsillo. —Tengo mucho dinero.

—Fuiste tú... ¿Tú le mataste, verdad? Tú le mataste para ro-

barle el dinero, como Furia dijo —afirmó horrorizado. —Te matará en donde te encuentre, Blackie.

—Ven aquí, Bertie.

—Me matará a mí también si me ve contigo. Eres hombre muerto, Blackie, eres hombre muerto.

—¡Ven aquí! —rugió el gigante, pero la puerta se cerró a sus narices.

Bertie tropezó a la salida con el cantinero y Mabel, que habían estado escuchando por la cerradura. Y tan asustado estaba, que ni siquiera se dió cuenta de la curiosidad de ambos. Le urgía esconderse cuanto antes. No, coger el caballo, no; se exponía a tropezar con Furia. Se escondería en los matorrales cercanos. El cantinero llamó a un rincón a Mabel y le cuchicheó velozmente al oído:

—Si Furia viene aquí a matar a Blackie, eso significaría el final de la banda y nosotros recogeríamos las cien libras.

—¡Oh! —protestó la muchacha, retrocediendo.

—Entra ahí y hablale. No dejes que se vaya.

—¡Oh, no, no! —negóse Mabel, huyendo escaleras arriba.

A Blackie le percutía la advertencia de Bertie en las sienes. Si por un momento su borrachera tendió a desaparecer, con el torbellino de malas pasiones despertado por la amenaza, había aumentado. Se dejó caer en una silla.

—¡Matarme a sangre fría! Nos veremos... las caras. Matarme a mí. ¿Qué defensa puedo tener... sin el rifle? Necesito irme de aquí—. Pero la fatiga le dominó y se durmió, apoyado en la mesa.

Diez minutos más tarde el cantinero hacía pasar a los hombres de Trist a la cantina propiamente dicha. Escuchó junto a la puerta

de la trastienda, la señaló y al pasillo que dividía ambas estancias.

—Tiene que pasar por este pasillo.

Miguel dejó caer las bridas sobre el cuello de su caballo, se aseguró la pistola en el cinto y entró decidido en la cantina. Titubeó un instante antes de recorrer el pasillo. El silencio era un mal presagio, pero lo achacó a la emoción del momento. Llamó a la puerta de la trastienda.

Simultáneamente a su teclear con los nudillos, un alud de hombres le rodeó y le ligó las manos a la espalda, sin dejar de apuntarle con sus fusiles. Por segunda y última vez en su vida había sido traicionado y apresado. Y en tal ocasión no le juzgaría un tribunal justo... ¡Estaba vencido!

Justicia

La marcha triunfal de los hombres de Trist abandonando la cantina, llevándose a Blackie y a Miguel, había sido presenciada por Bertie en un estado de ánimo imposible de describir. Cuando no se veía un alma por la carretera recobró sus alientos y fué en busca de su caballo.

Subió y bajó las colinas que le separaban de los Bailey con la velocidad del pensamiento. Le acusaba la necesidad de salvar a los dos únicos hombres a quienes admiraba y adoraba. Además comprendía que solo y abandonado a sus propios medios, estaba irremisiblemente perdido.

—Padre, es Bertie... —dijo Denny, mirando por la ventana. —Pasa.

—Señor Bailey, han cogido al capitán Furia.

Para dar esta noticia, Bertie no tuvo en cuenta a las personas que se hallaban presentes. Se despiojó en una silla, sin escuchar la algarabía que su anuncio había promovido. Jeannette y Tess gritaron, mientras que Bailey y Denny maldecían a Trist en voz baja. Pero el sentido práctico del colono se puso de manifiesto al oír la subyugante afirmación del único hombre de Miguel:

—Seguramente le colgarán. Tenemos que hacer algo.

—Después de lo que ha hecho por nosotros, lo menos que podemos hacer es luchar por él —corroboró con generosidad el anciano. —Dan, corre a la parte alta del valle a notificárselo a todos los colonos.

—Sí, padre —obedeció el muchacho, apoderándose de un rifle y marchando en dirección de la cuadra.

—Bertie, tú vete a la parte baja. Diles que traigan todas las armas de fuego que puedan encontrar.

El antiguo pugilista acató sus órdenes y se caló el sombrero hasta las orejas. Bailey fué en busca de su fusil. La señora Bailey corrió hacia el hogar y astó un atizador del mismo, que blandió con agresivo ademán:

—¿Por qué os quedáis haciendo puchereros? —acusó a Tess y a Jeannette. —También podemos luchar nosotras. ¡Oh, vamos, daos prisa!

Blackie había recobrado su serenidad a las pocas horas de estar en la celda de castigo. A través de los barrotes veía una gran actividad en el patio, lleno de casacas encarnadas y de guardas atareados, que clavaban unas maderas de forma significativa en el suelo. Preston pasó en uno de los momentos en que el coloso estaba observando preocupado cuanto ocurría.

—¡Eh! ¿Dónde está Furia? ¿Qué habéis hecho de él?

—Con alegría te notifico que lo vamos a colgar —dijo Preston, regodeándose en su desesperación—. Asesinó a Dupré y le robó el dinero.

—El no fué quien le robó.

Preston se echó a reír de muy buena gana. ¿Quién mejor que ellos lo sabía? ¿Qué cura hubiera puesto Blackie de conocer que el presunto asesinado estaba al otro lado del tabique, que separaba una celda de otra? Su risa enfureció a Blackie, quien sacudió la puerta con tal fuerza que el capataz temió que la arrancara de sus goznes.

—Escucha bien la verdad... —Blackie se sofocaba de indignación producida por la idea del sacrificio cobarde de su jefe—. El dinero lo robé yo, pero yo no maté a nadie... Si le haces algo a Furia...

—Lo cierto es que sabemos que el no lo hizo, pero lo vamos a colgar lo mismo y tú serás el siguiente. No tengas miedo ninguno. Es lo mismo que cuando uno se tira a un pozo. —Tornó a reírse al pensar en el día de su humillación. Ambos, causantes de la misma, estaban en su poder y pronto perecerían.

...

El Gobernador descendió de su carruaje con el que había dado un paseo por los contornos. Dirigió sus ojos sorprendidos sobre las personas que llenaban el patio, especialmente sobre el joven, rubio, alto y de simpático aspecto, que esperaba impasible con la cuerda puesta al cuello. ¡Aquel era el célebre Miguel Furia! Frunció el ceño. ¿Cómo se procedía a su ajusticiamiento sin darle aviso?

Trist pareció haber oído esta última pregunta que se formulara el Gobernador y para borrar el mal efecto que, el espectáculo organizado apresuradamente por él, hubiera originado, se encaminó sonriendo al Gobernador:

—Me he tomado la libertad, señor, de prepararlo todo para la rápida ejecución de este hombre, de Furia. Creo que estará de acuerdo conmigo, señor, en que una ejemplar justicia es necesaria en este caso. Más vale prevenir que curar.

—¡Eh?— exclamó el Gobernador, viendo invadidas sus atribuciones. Trist tuvo la seguridad de que había dado un paso en falso y se enmendó a renglón seguido.

—Todo esto, desde luego, con su beneplácito.

—Si no he entendido mal, se propone ahorcar a este hombre por haber asesinado a un tal... Francisco Dupré.

—Ya merecía cien veces la horca, señor, pero el asesinato de Dupré es su más ultrajante crimen.

De nuevo frunció el Gobernador el ceño. Trist perdía terreno en su estimación rápidamente. El primer funcionario de Australia empezaba a barruntar que Trist tenía una prisa desmedida en evitar algo muy grave.

—Cuando le interrogó usted, ¿quién le defendió?

—Este hombre no merece que le defiendan, Excelencia. Su crimen es un escándalo público —arguyó apurado Trist.

—Usted no le ha interrogado. Lo haré yo. Quitele la mordaza.

Trist vió deshecha su trampa cuidadosamente elaborada. Ante la justicia la palabra de Furia tenía tanto valor como la de él.

amen de que se vería apoyada por la autoridad que significaba el testimonio de los colonos reunidos. Y con su siguiente protesta, sólo hizo que empeorar su pleito:

—Protesto, Excelencia... — rectificó — Le ruego que pronuncie la sentencia que sea un escarmiento para los demás.

—Capitán, quitele la mordaza — repitió el Gobernador, viéndose obedecido esta vez por el oficial, el cual se había interrumpido al hablar Trist —. Miguel Furia, le acusan del asesinato de Francisco Dupré.

—Soy inocente de tal acto, señor — afirmó con seguridad el joven.

—Es absurdo — dijo Trist, tomando la palabra —. Dupré te delató y tú le mataste. Quemaste su casa para destruir el cuerpo del delito.

—¡Eso no es cierto! Soy un recluso evadido, Excelencia, y me he alzado en armas contra este hombre, pero sólo para impedir sus crueles injusticias.

Comenzó a narrar los desmanes de Trist y de sus satélites. Bailey y sus convecinos, además de sus familias y criados, llegaban ya a la cerca de la hacienda de Trist. Algunos, de más pacífica condición, iban resugados, como avergonzados de entrar en aquella especie de motín popular. Pero Bailey se encargó de enardecerlos con una corta arenga:

—Acordáos lo que hizo Furia por nosotros y por nuestras familias...

Miguel, en el terreno sentimental, había ganado la partida ante el Gobernador, pero éste no podía juzgar por simpatías o antipatías: necesitaba pruebas corroboradoras, las que, claro está, no podía ofrecer Miguel. Sin embargo, la

apostura de Trist, que ruzamaba odio, valía más que cien mil pruebas escritas y selladas.

—De ese modo supe que Trist estaba llevando a cabo una campaña de terror. Pretendía artojar a todo el mundo del valle para engrandecer así sus posesiones. Tenía la gran ventaja de que todos los colonos eran gentes pacíficas, gentes temerosas de Dios. Hombres que respetaban la ley, que rehusaban el empleo de toda violencia.

Como para desmentir sus calificativos, al dejar de hablar Miguel, las puertas de la hacienda estallaron bajo el empuje de cien brazos vigorosos y un alud de personas se esparció, como un río desbordado, por el patio, avanzando con confusos gritos y enarbolando sus brazos. Miguel a duras penas reconoció sus congestionados semblantes. Todos parecían presa de una rabia vengadora. A la cabeza iban los Bailey y Jeanette. Y aun cuando desvirtuara el tumulto su relato, sintió el grato orgullo de haberse amado de tal suerte.

—¡Calma! ¡Calma! ¿Os habéis vuelto locos? ¿Queréis malograr aquello por lo que tanto hemos trabajado? — Le obedecieron, pero persistieron los murmullos amenazadores. — Caballeros, este es su Excelencia el Gobernador.

La voz del funcionario resonó seca, como un platoletazo, en el gran silencio siguiente y preñada de ironía.

—Y esos, supongo, son... sus pacíficos colonos.

—Excelencia... — exclamó Bailey, dando un paso al frente —, si hubiésemos sabido que estaba usted aquí, nada hubiera sucedido.

—Pero, en ausencia mía, habéis entrado a la fuerza y con armas — dijo disfrazando una sonrisa al

ver los utensilios empuñados — en las posesiones de un pacífico ciudadano.

—Mis hombres los echarán, señor — ofreció Trist.

—No, deje que se queden — rehusó el Gobernador, decidido a llevar a cabo un interrogatorio en toda línea y a averiguar si se trataba de un caso de sugestión de masas o de la pura y escueta verdad.

Mientras el Gobernador escuchaba el incoherente relato de los atropellos llevados por Trist, Blackie había visto terminarse su paciencia y mucho más al notar que, en la celda vecina, un hombre pedía socorro. La sangre se le heló en las venas al oír lo que su voz afirmaba. Sacó la cabeza por entre los barrotes y tornó a prestar oído.

—¡Socorro! ¡Soy Francisco Dupré, súbdito de este Estado! ¡Socorro!

—¡Callate idiota, o te levanto la tapa de los sesos! — aulló la broncea voz de Preston.

Blackie estaba decidido, como el Gobernador, a poner todo en claro. No es agradable para ningún hombre que le cuelguen por los pecados de otro. Cogió la pesada banqueta situada en un rincón y atacó con ella, a modo de ariete, la puerta de madera. En un abrir y cerrar de ojos la horadó y corrió a la celda de donde brotaban las voces.

Dupré, amenazado ahora por el revólver y por la salvaje pasión de la mirada de Preston, perdió toda la continencia, incluso el respeto a su vida, y proseguía gritando a más y mejor. Preston montó el gatillo de su arma y la dirigió contra la sien del puritano.

—¡Silencio, imbécil! — barbotó — ¡Oh!

Esta última exclamación se debió a la desaparición de su pistola,

arrebataada por la gruesa mano de Blackie. Preston intentó huir, pero Blackie se echó a reír como un loco. Dupré rodó por el suelo, desmayado de la emoción de verse a salvo. El gigante apuntó su puño contra la barbilla del capataz y lo asestó contra ella dos veces con fuerza y efectos inimaginables. Luego, cogió por el cuello a los dos inertes hombres y los arrastró hacia afuera.

—Blackie — le llamaron desde una celda.

—Catatónico — se asombró Blackie — Pero, ¿qué es lo que veo? ¿Qué diablos andas haciendo por aquí?

El acento del enfermo era cada vez más débil y Blackie se tenía que inclinar para poder entender sus frases entrecortadas.

—Blackie, no duraré mucho... Quiero morir lejos de aquí.

—Yo te sacaré, amigo, yo te sacaré — prometió el coloso, con un sollozo en la garganta. Y asiendo la puerta por los barrotes hizo un esfuerzo y la arrancó de su quicio como si fuera un papel de fumar.

El Gobernador, durante esta escena, no había tenido tiempo de escuchar a otra persona que a Bailey, quien hizo una defensa apasionada del joven.

—Estoy seguro de que él no mató a Dupré, señor; seguro como que estoy aquí.

—No me interesan sino los hechos probados, señor Bailey.

—Y todos los hechos indican la culpabilidad de Furia. Hasta este hombre admitiría que hubo una riña entre ellos — apuntó Trist, que estaba como sobre ascuas.

—Señor Trist — amonestó el Gobernador, mirándole fijamente —, yo soy quien está interrogando.

Un nuevo murmullo de sorpresa, esta vez, recorrió las filas de

los columnos y de los soldados, que se abrieron dando paso a Blackie. Arrastraba por el suelo una extraña carga constituida por dos cuerpos humanos. La primera en reconocerle fué la señora Bailey.

—John, mira —avisó a su esposo.

Pero Blackie ya había llegado ante Furia y depositaba los cuerpos de Dupré y de Preston a los pies de su antiguo jefe. Luego, cuadrándose, le hacía un marcial y amistoso saludo. Por fin era el hombre importante que había ansiado ser; bien lo demostraban las bocas que repetían su nombre y el interés del Gobernador.

—¡Nadie se mueva! —gritó éste—. ¿Quién es este hombre? —preguntó señalando a Dupré, que comenzaba a recuperar el sentido.

—Es el señor Dupré —aclaró Bailey.

—Tiene razón, Excelencia, ese es su nombre —confirmó Blackie.

—¿Usted es Francisco Dupré?

—Sí, soy Francisco Dupré y he sido detenido contra mi voluntad.

Todos los ojos buscaron a Trist. Pero éste, que ya se sabía perdido, no vaciló mucho en escapar, aprovechando el desconcierto producido por la impensada resurrección del puritano. Entró en la cuadra y empezó a encaillar su mejor caballo.

—No necesitarás ese caballo, Trist.

El hacendado levantó alarmado la vista de la cincha que estaba apretando. Apoyado en un poste estaba el Catarroso, pálido y exhausto, como un Némesis sediento de expiación, pero con un rifle en la mano. Los dos tiros detonaron simultáneos. El último en caer fué el Catarroso, que lo hizo con una extraña y hermosa sonrisa en los

labios y bajo las nubes que tanto amara.

El Gobernador ordenó conducir a sus nuevos prisioneros, los esbirros de Trist, al interior de la mansión. Se improvisó una especie de tribunal en la gran sala y de nuevo dió comienzo al interrogatorio, encaminado a conocer la parte adversa a la causa de los guardas. Mabel relató la captura de Miguel y de Blackie con un fuego que denotaba el interés que sentía por el coloso.

—Lo que ocurrió, señor, fué que estos tipos entraron y saltaron todos encima de él... Y eso es todo lo que sé, señor.

—Se lo agradezco, señorita.

—La verdad, señor. Todos son unos caballeros encantadores; especialmente Blackie —terminó, recibiendo un terrible apretón en el brazo.

—Francisco Dupré —llamó el Gobernador.

El nombrado se apartó de su hija y avanzó hacia la mesa, en donde el Gobernador oía, mientras su amanuense escribía con la velocidad del vuelo de una golondrina. La alegría de encontrarse junto a su hija y la expiación de su traición, habían hecho de él un hombre distinto y rejuvenecido.

—Excelencia, lo que toda esta gente ha dicho es cierto. Debemos nuestros hogares y quizás nuestras vidas al Capitán Furia. Y yo, que era su mayor enemigo, añado mis súplicas para obtener vuestra benevolencia.

—Gracias a todos. Traigan los detenidos.

Un piquete de soldados condujo a Miguel, Blackie y Bertie frente al Gobernador; saludaron y se retiraron para cubrir las puertas. Los tres, bajo su impasibilidad aparente, estaban sufriendo un tormento

de inquietud mucho mayor que el soportado en sus pasadas hazañas. El Gobernador pasó un papel a su amanuense, que lo timbró a continuación. Blackie se fijó en el sello y la boca se le hizo agua.

—Bertrán Green.

—Yo, señor—contestó Bertie, dando un paso al frente.

—Por escapar de la prisión, violando la ley, añado tres años a su sentencia.

Un zumbido de refunfuños apuntó como una ola entre los colonos. El Gobernador se hizo el sordo y firmó otro papel, que fue, igualmente, sellado. Al gigante se le iban los dedos...

—Y tú, Jerry Black, por propia confesión te reconoces ladrón.

—Sí, pero eso ya pertenece al pasado, Excelencia. Ahora soy otro hombre.

—Añado diez años a tu sentencia.

—Pero, Excelencia, yo...—protestó envalentonado por los murmullos, pero al levantar los ojos el Gobernador, retrocedió hasta ponerse al lado de Bertie.

Nuevo traspaso de papeles y nuevo timbrado. Blackie se dijo que ahorcado por uno ahorcado por cien y sin que nadie se percatase, se apoderó del sello.

—Miguel Furia, estimo que las violaciones de la ley, de las cuales es usted culpable...—se detuvo, como buscando una nota—han sido cometidas bajo circunstancias extraordinariamente atenuantes... Considero mi deber concederos mi perdón.

Estalló una salva de aplausos y

los colonos se precipitaron hacia Miguel, abrazándole y felicitándole, todos, incluso Dupré. Jeannette le miró con los ojos llenos de lágrimas y tuvo bastante el joven para darse por enterado de cuánto amor se leía en ellos.

—Capitán Furia—anunció la señora Bailey, cuando pudo llegar a él—. Esa ha sido la mejor sentencia que he oído en mi vida. Deja que te bese.

Miguel abrazó a la buena mujer y posó en su rostro maternal y regordete sus labios. Todos se rieron conmovidos, incluyendo en este número al Gobernador y al escribano, Blackie y Bertie, después de maldecir su mala suerte, saludaron desde lejos a Miguel. Tal vez el Gobernador tenía razón y ellos no merecían el indulto. Miguel representaba un mundo distinto al suyo. ¡Qué se le iba a hacer!...

El Gobernador golpeó la mesa y pasó un nuevo papel al escribano. Se puso en pie, mientras el amanuense busca a tientas, leyendo el escrito, el sello. Seguramente no lo hubiera encontrado en su vida, a no proferir el Gobernador:

—Y a estos dos hombres los coloco bajo su custodia.

Y en su azarosa existencia, por primera y última vez, Blackie devolvió un objeto sustraído. Escuchó el choque del sello contra la sentencia. ¡Qué caramba! ¡Aquel sonido bien valía un sacrificio!

F I N

Argumento novelado por
JUAN ANTONIO G. LARRAYA



Edicions extraordinàries, sense expl.

EDITORIAL GRAFIDEA, S. L.

CALLE BAILÉN, 104

BARCELONA